

En memoria de Francisco Javier Peñas Esteban



¡Querido amigo! Compañero de pasiones y sueños

María José BECERRA* y Diego BUFFA**

* Docente de posgrado y grado, e Investigadora en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC) e Investigadora y docente de posgrado en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF); Co-Directora del Programa de Estudios Africanos.

** Investigador y Docente de posgrado en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF) y Universidad Nacional de La Plata (UNLP); Director del Programa de Estudios Africanos, Centro de Estudios Avanzados (CEA) de la UNC y de la Revista CONTRA | RELATOS desde el sur.

A un año de la desaparición física de Francisco Javier Peñas Esteban, nuestro querido Paco, lo recordamos en estas breves líneas, aun con la profunda cicatriz que dejó en nuestro pecho su inesperada partida.

Paco puede ser visto como un moderno lleno de contradicciones al que le tocó vivir en un momento histórico de transformación hacia un modernismo tardío. Como sostenía Marx, los hombres hacen su propia historia, pero en condiciones heredadas y no elegidas por ellos. No elegimos muchas cosas, como dónde ni cuándo nacer, no elegimos a nuestros padres, no elegimos nuestra lengua; pero sí podemos elegir y por ello debemos ser responsables de las consecuencias de nuestras propias elecciones.

Paco era muy consciente de esto y elegía y asumía sus acciones con total convicción y entereza y, muchas veces, con gran dolor. También, tenía muy presentes sus claroscuros, esos momentos de “comerse el mundo” enfrentado a todo y a todos, siempre atravesados con la crisis que causa la desazón de la vida. Estos momentos siempre estaban en tensión, en donde por un lado tenía una clara postura de resistencia a ver cómo todo lo sólido se desvanecía en el aire, y por el otro lado, le invadía un fuerte sentimiento trágico de la vida. Estas dos posturas le acompañaron a lo largo de su vida.

Por ello lo vimos batallando con fuerza en todas aquellas acciones que emprendía, comprometiéndose ética, moral, ideológica y hasta físicamente, en distintos escenarios y coyunturas en donde se hiciera frente a la opresión, la desigualdad, el avasallamiento de derechos, buscando la conformación de un mundo más justo e igualitario. Estos escenarios, ya sean clandestinos o

masivos, lo encuentran militando contra la dictadura franquista en los 70, o en la década siguiente, participando activamente del movimiento contra la OTAN en España.

Su acción política directa siempre estuvo acompañada por la docencia. Una docencia entendida no sólo en el ámbito formal, sino a través de una tarea de concienciación constante a todos aquellos con los que se vinculaba. Es inevitable no recordarlo en tertulias, conferencias, reuniones con sus alumnos, charlas de café infusión que consumía en grandes cantidades— o en aquellas largas noches de verano discutiendo sobre “cómo arreglar el mundo”. Esta gran pasión nos permite definirlo como un verdadero maestro que no sólo se implicaba en la educación de sus alumnos sino que trascendía las paredes de las aulas acompañándoles en su crecimiento personal.

Fue un amante de África, primero, y luego de América. Lugares que recorrió y estudió. Paco no sólo desarrolló los estudios académicos sobre África en la UAM, sino que participó en los procesos políticos de algunos países de la región. Su aporte tanto a nivel teórico como en la práctica enriqueció el conocimiento de este continente, y no sólo en España, sino que trascendió a todo el mundo. Esto le llevó a conectarse con América Latina. La docencia fue lo primero que lo acercó a varios países de la región, pero luego comenzó a recorrerla y a vivirla. Nos tocó compartir varias de estas aventuras por América Latina atravesando —muchas veces por tierra en largos viajes— diferentes geografías, conociendo ciudades y poblaciones diversas, atesorando anécdotas, degustando comidas nuevas y bebidas espirituosas.

Era un enamorado de Buenos Aires, donde permaneció estancias largas. Se sentía otro porteño más, paseando por sus calles y bares; inmerso en la poesía y en la “gris melancolía” que invade la ciudad. Otra ciudad que siempre visitaba y desde donde emprendíamos nuestros recorridos era Córdoba, donde nosotros vivimos. Ciudad, según él, “donde pasó los días más fríos y los de más calor” de su vida; donde conoció la navidad cálida del sur, y que lo vio irse hace un año ya, a la puesta de sol del 19 de febrero.

Paco Peñas y el giro culturalista de la izquierda

Alicia CAMPOS SERRANO*

* Desarrolla su trabajo en el marco de los Estudios Africanos y la Antropología y la Historia de las Relaciones Internacionales. Sus líneas de investigación actuales son la economía política de los recursos naturales, la historia colonial española en África, y la construcción social del principio de soberanía. Forma parte del Grupo de Estudios Coloniales: Sáhara Occidental y ha sido fundadora y miembro del Grupo de Estudios Africanos de la UAM.

“Que el pensamiento no puede tomar asiento...”

Luis Eduardo Aute

Nadie se mueve en este gremio que es el intelectual sin maestros; y es difícil comprender el camino que transitamos cada cual sin conocer a aquellos de cuyas manos nos cogimos cuando apenas sabíamos andar. Lo interesante es comprobar la dialéctica que a menudo se produce entre maestras y discípulos, que es personal e imponderable, pero a la vez responde a un contexto histórico y social.

Esa es la dialéctica que llevó a muchos historiadores y científicos sociales, desde los años de entreguerras, a adoptar (y adaptar) el marxismo para comprender procesos sociales que las perspectivas positivistas, o los análisis centrados en las élites políticas, no eran capaces de abordar. Tras la Segunda Guerra Mundial el marxismo permeó la Historia, la Antropología, la Sociología y muchas otras ciencias sociales, y con independencia de sus preferencias, la mayor parte de los académicos y académicas se vieron obligadas a dialogar con sus principales postulados.

Pero a partir de los años setenta y ochenta del siglo XX ocurrió que discípulos de estos marxistas académicos (o incluso ellos mismos) redescubrieron una dimensión hasta entonces relegada por el marxismo clásico y que podemos simplificar como “la cultura”. Las ideas, las instituciones, las visiones del mundo habían sido considerados, ya lo sabemos, como epifenómenos de las estructuras económicas, los modos de producción o los intereses de las clases. Algunos se interesaron entonces por la “invención de tradiciones” y de naciones; y conceptos poco materialistas como “hegemonía” pusieron de moda a un marxista heterodoxo como fue Antonio Gramsci. Otros fueron más lejos, y desde una crítica abierta al marxismo, sugirieron que las categorías culturales del propio estudioso condicionaban y dificultaban su labor de comprensión de la realidad social.

Paco era marxista, pero no uno académico, sino militante. Como ya se ha contado¹, el que más tarde fuera mi director de tesis fue miembro, desde los años de la clandestinidad, de organizaciones comunistas minoritarias como la ORT, el MC y Liberación-Izquierda Alternativa

¹ GARÍ, Manuel y MARTÍN, Irene, “Paco Peñas, *in memoriam* (1951-2018)” en *Viento Sur*, 22 febrero 2018: <https://vientosur.info/spip.php?article13507>, consultado el 10 de febrero de 2019.

(las dos primeras de carácter maoísta). Ya en los años ochenta, fue uno de los promotores de la Comisión Anti-OTAN con motivo del referéndum de 1986 sobre la permanencia de España en la alianza militar.

El maoísmo militante era por tanto la tradición intelectual de la que procedía Paco cuando inició su tardía carrera intelectual y entró en la universidad a principios de los años noventa. Pero cuando nos convertimos en discípulas suyas, Paco ya había experimentado su propio giro epistemológico. De Paco no aprendí marxismo, sino sociología histórica, constructivismo o el papel del orientalismo en la construcción de los imperios coloniales. Su tesis y libro posterior versaba sobre el proceso de occidentalización del mundo². Y la constatación de que los imaginarios son constitutivos de las realidades sociales, y de que estas tienen siempre un carácter histórico, es probablemente su herencia más evidente en mi propio trabajo.

La gran aportación intelectual de Paco Peñas no consistió tanto en innovar teóricamente dentro las disciplinas de las Relaciones Internacionales o de los Estudios Africanos, sino el librarnos de enredarnos en viejos debates y subirnos “a hombros de gigantes”: los de aquellos que le habían permitido a él adoptar una visión compleja y “contingente” del mundo. Pero ello no podía dejar, a su vez, de animar a las discípulas a revelarse, a generar pensamiento propio y a adoptar por el camino a otros maestros y maestras.

Algunas empezamos a sentir la necesidad de recuperar las dimensiones apartadas por tanto reflexivismo y giro culturalista y, como me hizo ver mi colega Margarita Rodríguez García, tratar de hacer una ciencia social que diera cuenta simultáneamente de lo ideacional, lo estructural y la agencia. Personalmente, empecé por sentirme incómoda ante la idea de un gran proceso histórico de occidentalización, que asumía la existencia de un difuso Occidente, y no atendía bien la diversidad de procesos, actores y visiones que conforman nuestro mundo. Y estoy cada vez más convencida de que un análisis de las instituciones y de su inserción en multitud de conexiones y redes transnacionales, tiene el potencial de aunar todas aquellas dimensiones que no queremos desatender...

Ahora pienso que no me hubiera sido difícil dialogar sobre todo esto con Paco, siempre dispuesto a poner en cuestión sus propias convicciones. Pero los avatares de la vida le llevaron en sus últimos años a separarse de la universidad y de la reflexión más teórica, y a buscar de nuevo la emoción de la militancia en el contexto de las movilizaciones sociales del 15M. En el fondo, su apuesta hasta el final por una ciencia social comprometida con las situaciones de desigualdad e injusticia —con sus satisfacciones y sus tensiones— es probablemente la enseñanza más persistente que recibimos quienes nos iniciamos intelectualmente con él.

² PEÑAS ESTEBAN, Francisco Javier, *Occidentalización, fin de la guerra fría y relaciones internacionales*, Alianza, Madrid, 1997.

Preservando el momento humano (en memoria de Francisco Javier Peñas)

Stefano GUZZINI*

* Investiga en Relaciones Internacionales, con enfoques basados en la teoría social y política, la ciencia política, la sociología y la economía política. El foco de sus publicaciones ha sido el realismo y el constructivismo en la teoría internacional, el análisis de la política exterior (aplicado principalmente en Europa), así como el análisis conceptual y las teorías del poder. Más recientemente, ha trabajado en metodologías interpretivistas (rastreo de procesos y nociones de causalidad) y geopolítica crítica.

Estábamos sentados en un café cerca de Ópera. Yo había regresado a Madrid para el Congreso de la IPSA en julio de 2012. La conferencia trataba sobre ‘el poder’, y aunque coincidía con mis vacaciones, amablemente me habían solicitado venir. Paco se ofreció a ser mi anfitrión, y yo acepté gustoso la idea de pasar nuevamente un tiempo con él, después de muchos años y de un solo encuentro de unas pocas semanas en la primavera de 2006. Acababa de llegar, y habíamos discutido sobre la política europea hasta que el sol nos obligó a ir a almorzar —solo para continuar el intercambio de ideas en el restaurante y después en su piso—. Al amanecer, estábamos arropados por ese espacio que tenía algunas de las cosas que él más apreciaba: tabacos (fumar), libros (ideas) y discos (música). Poco propenso a la charla superficial, las preguntas y reflexiones de Paco nos condujeron a un *tours d’horizon*³ que fue más una actualización seria de sus múltiples curiosidades, que una exhibición grandilocuente de conocimiento. Aprendí, pero no por ser enseñado.

Si alguna vez ha existido una personificación de la idea de que la teoría y la práctica política no son de naturaleza diferente, esa era Paco. Claramente hacía teoría, no *a pesar de* la política del mundo real, sino *porque* le importaba mucho la política. Sin embargo, no perseguía ningún tipo de teorización. Para él, la teoría nunca fue tan importante en su función instrumental, esto es, en las generalizaciones empíricas que elaboramos para intervenir en la práctica como técnicos siguiendo un manual. Su interés se enfocaba en la función constitutiva de la teoría, en las lentes analíticas que hacen que nosotros, como observadores, veamos las cosas de una manera en lugar de otra, y que seleccionan los ‘hechos’ relevantes del flujo de la historia. Por esto, gran parte de su reflexión se enfocó en las suposiciones subyacentes, filosóficas y metateóricas, que dan sombra y enfoque a estas lentes⁴. Su uso y referencia constante del término ‘imaginario social’ muestra que estaba claramente interesado en el rol que juegan estas ideas no solo en la mente del observador, sino

³ N.d.T.: En respeto al espíritu del texto original se han mantenido las palabras en un idioma diferente al inglés. *Tours d’horizon* es una expresión francesa que podría equivaler al castellano ‘visión general’.

⁴ PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, “Clío y Palas Atenea: Apuntes sobre el papel constitutivo de la Historia en la Teoría de Relaciones Internacionales”, *Relaciones Internacionales*, n° 37, 2018, p. 67.

también en la del actor, así como en la reflexividad entre estos dos niveles⁵. Pensar en la teoría y las visiones del mundo no era un cómodo pasatiempo doctrinal, sino abordar un componente importante y moldeador de nuestra realidad política.

Estos imaginarios sociales, menos abstractos y más históricamente concebidos que las culturas de la anarquía de Alexander Wendt⁶, son el mundo significativo dentro del cual se entiende la política internacional. Es el contexto compartido que constituye y a la vez es constituido por las prácticas de la política mundial en un momento determinado. En consecuencia, esto tiene implicaciones para su comprensión del rol de la teoría. Así, por ejemplo, el balance de poder no es un mero concepto observacional o un mecanismo para entender la dinámica de la política mundial, sino que es la práctica históricamente desarrollada que los actores necesitan entender para poder funcionar; y, por lo tanto, que los observadores necesitan para entender a esos actores⁷. El comportamiento normal y legítimo no es dictado por una ética eterna, sino por las siempre negociadas referencias normativas del momento. Puede dotar de alguna coherencia, y por eso es crucial para entender el contexto social del análisis, la configuración histórica específica que conforma la *sociedad internacional*, y potencialmente la *civilización*, en un momento determinado⁸. En pocas palabras, para Paco, las relaciones internacionales son relaciones sociales históricamente circunscritas, en las que se desarrollan entendimientos compartidos, reglas e instituciones. Esto significa que el análisis no puede dar por hecho estas relaciones sociales sino que debe indagar en su origen y evolución histórica, así como en los límites cambiantes —y las autocomprensiones— de la sociedad así constituida⁹.

En principio, esto lo hacía abierto al constructivismo en la teoría internacional, en particular a esas versiones que insisten en ontologías relacionales y de procesos¹⁰. Tales ontologías proporcionan lentes con las que vemos cada unidad, siempre en una red de reconocimiento que define sus propiedades. Insistimos en la constitución de las cosas, en lugar de su ser estático: para esto, la literatura académica se ha llenado de nuevos verbos (p.ej. otrificar, generificar, securitizar y racializar). De hecho, la política está constituida por los procesos que dibujan estas líneas. En este ámbito, Paco explícitamente incluyó el efecto interactivo o performativo del lenguaje¹¹.

Aun así, gran parte de esta inspiración proviene también de otro lugar, en particular del realismo clásico y la Escuela Inglesa. Pienso que hay dos razones principales para ello. Por un lado, él tenía una visión relativamente estatocéntrica de las relaciones internacionales. No negaba la importancia de otros actores, sino que insistía en el estado, sus comunidades nacionales, y la sociedad internacional de estados como el locus de la política en un sentido más fuerte. Esta

⁵ Ver p.ej. PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, “Camino de perfección: el imaginario social liberal de las relaciones internacionales”, *Relaciones Internacionales*, n° 20, 2012, pp. 36-37.

⁶ WENDT, ALEXANDER, *Social Theory of International Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

⁷ Algo que la aproximación general de Morgenthau entendía, pero que su teoría tendía a negar. Ver MORGENTHAU, HANS J., *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, Knopf, Nueva York, 1948.

⁸ PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, “Estándar de civilización. Las historias de las relaciones internacionales”, *Revista Jurídica Universidad Autónoma de Madrid*, n° 1, 1999.

⁹ PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, “Derechos humanos e imaginarios sociales modernos. Un enfoque desde las relaciones internacionales”, *Isegoría*, vol. 51, n° julio-diciembre, 2014, p. 557. with a reference to Bourdieu's theorisation.

¹⁰ PEÑAS, “Clío y Palas Atenea...”, *op.cit.*, p. 62; PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, “¿Es posible una teoría de Relaciones Internacionales?”, *Relaciones Internacionales*, n° 1, 2005, p. 22.

¹¹ PEÑAS, “¿Es posible una teoría...”, *op.cit.*, p. 3.

atención en el estado también podría deberse a su concepción de la identidad de la disciplina de Relaciones Internacionales. Conectaba, en este sentido, con el tradicionalismo de los realistas clásicos. La otra razón está más relacionada con lo que él interpretó como una suerte de liberalismo cerrado (entendido como progresismo liberal) con frecuencia presente en el constructivismo. Paco era de un escepticismo casi visceral. Nada desencadenaba tanto su sarcasmo como una nueva utopía del progreso que olvida sus contracasas¹², cualquier gran explicación monocausal¹³, algunas historias y procesos lineales¹⁴; todas las soluciones fáciles e ilusorias de tontos, ideólogos e ingenuos. Cualquier cosa alcanzada por la humanidad, nunca es un hecho, siempre fluye, siempre corre el riesgo potencial de ser socavada. No hay tiempo para dormirse en los laureles. Los ojos de Paco comenzarían inmediatamente a buscar los giros del destino que amenazaban el respiro dado por una evolución temporalmente positiva —no con los ojos superiores del cínico siempre preparado, sino con la ansiedad del pesimista—.

Ese escepticismo embebió su relación ambivalente con la modernidad. Se resistía a la tentación de entender las guerras mundiales y el Holocausto como una aberración de la modernidad. Para él, eran parte de ella (y, como Nietzsche, no lo decía con orgullo o pedantería). Como previamente había remarcado Raymond Aron, la causa última de la ‘desilusión con el progreso’ se deriva de la modernidad misma, concretamente, lo que él llamó “*la ambición prometeica*, una ambición —usando la formulación de Descartes— de dominar y poseer la naturaleza a través de la ciencia y la tecnología”¹⁵.

Esto también afecta al liberalismo que no puede distinguirse fácilmente de la modernidad (europea/occidental). La teorización de Paco sobre el sistema de estados insiste no solo en su carácter social sino también en su específico imaginario social moderno. Así mismo, insistía en que esta sociedad internacional occidental/europea fue constituida mediante el encuentro con otras civilizaciones¹⁶. En este sentido, lleva más lejos la crítica postestructural. Rob Walker argumentó que las relaciones externas entre estados en la sociedad europea de estados no se definen solamente por la ausencia de gobierno, que debe superarse con la creciente evolución de lo internacional; sino que, más bien, lo ‘externo’ es constitutivo de lo ‘interno’, tanto para los mismos estados, como para nuestras respectivas reflexiones sobre esto¹⁷. De manera similar, para Paco, la multiplicidad de civilizaciones no eran solo un encuentro externo con un foráneo esperando allá afuera a ser evangelizado, educado y trasladado a una misma temporalidad (‘modernizado’). Por el contrario, fueron constituyentes de la sociedad europea de estados, ahora visto como lo ‘interno’. Y al igual que Walker, Paco ve en el liberalismo la solución particular que la modernidad ha encontrado para su universalismo subyacente y, al mismo tiempo, el particularismo real de la política mundial, organizada en diferentes comunidades y civilizaciones.

Sin embargo, esta no es su única crítica al liberalismo y a la modernidad. Paco definitivamente no aceptaba teologías de ningún tipo. Pero, de manera similar, no consintió la imagen de un “eterno

¹² PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, *Hermanos y enemigos. Liberalismo y relaciones internacionales*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2003.

¹³ PEÑAS, “Clío y Palas Atenea...”, *op.cit.*, p. 62.

¹⁴ PEÑAS, “Camino de perfección...”, *op.cit.*, pp. 56-57.

¹⁵ ARON, RAYMOND, *Les désillusions du progrès. Essai sur la dialectique de la modernité*, Gallimard, París, 1969, p. 287.

¹⁶ PEÑAS, “Estándar de civilización...”, *op.cit.*

¹⁷ WALKER, R. B. J., *Inside/Outside: International relations as political theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.

retorno”¹⁸. La determinación del progreso no debía intercambiarse por la determinación de ciclos históricos interminables. El problema con el credo del progreso no es la posibilidad de un cambio positivo, que seguramente existe; sino la fe en su inevitabilidad. Se oponía a la escatología del paraíso, pero también del infierno, en la tierra. La historia es contingente. En este sentido, es importante anotar que para él la historia no era un reservorio estático para escoger selectivamente las piezas que convenientemente se adapten al relato que uno prefiera. Cuando recurría a la historia, era desde una contextualización fuertemente reflexiva de nuestro conocimiento y prácticas sociales. Un recurso a la historia (y a la Historia) en su contingencia, termina socavando las certidumbres, no confirmando. Demuestra una resistencia a lo que Alfred Hirschman, citando a Flaubert, se refiere como “*la rage de vouloir conclure*”, es decir, la desesperada voluntad de marcar un punto final que fuerce el cierre de un mundo social abierto y plural¹⁹. Paco nos invita a ser cautos ante la arrogancia humana²⁰.

Si Paco no compartía la certidumbre liberal del universalismo (una línea seguida por, digamos, la temprana Escuela de Frankfurt y Habermas), compartió la mentalidad crítica iniciada con la Ilustración. Puede que no compartiera la teoría política de Kant, pero basó su propio enfoque en una comprensión postkantiana del conocimiento, donde los conceptos son la condición para la posibilidad del conocimiento, donde existe una realidad independiente de nuestro pensamiento, pero nuestra comprensión de ella no lo es, y donde los humanos actúan en función de su visión de la realidad, que les incluye a ellos mismos²¹. La realidad no trae adjunta una lista de significados. Y Paco da un giro no inusual en nuestra tradición desde finales del siglo XIX. En un mundo sin Dios, el orgulloso “*cogito, ergo sum*” de Descartes se ha convertido en un mucho más vacilante “*dubito, ergo sum*”; algo que Paco vivió. La razón se aplica una y otra vez sobre sí misma, nunca consigue ser escrita con R mayúscula. Es en sí misma histórica²². El escepticismo se convierte así en otra etapa de una modernidad más reflexiva.

En esta ambivalencia sobre la modernidad, y en su rechazo a aceptar soluciones simples, en ocasiones Paco recurre al mito de Sísifo²³. Más que referirse a la simple condena de ver el propio esfuerzo convertido en vano una y otra vez, pienso que se acercaba a la interpretación de Albert Camus de ese mito²⁴. Camus lo utiliza para introducir su visión de lo ‘absurdo’. Lo que hace que nuestras vidas humanas sean absurdas, a sus ojos, no es la mera idea de que no exista un significado último para nuestras vidas. Lo absurdo reside en la simultánea pérdida de significado y la aún continua aspiración a la armonía humana. De esto, Camus deriva una ética que no niegue ningún lado de la tensión. El libro de Camus examina las ‘soluciones’, para él engañosas, que existen ya sea en las múltiples formas de negar la falta de sentido de nuestra existencia —como Paco vería en algunos lapsos liberales—, o bien en la negación de nuestra búsqueda de la armonía, celebradas por las versiones del nihilismo o del cinismo— como aquellas que Edward Heller Carr

¹⁸ PEÑAS, “Clío y Palas Atenea...”, *op.cit.*, p. 86.

¹⁹ HIRSCHMAN, ALBERT O., “The Search for Paradigms as a Hindrance to Understanding”, *World Politics*, vol. 22, n° 3, 1970, p. 335.

²⁰ Esta cautela es una de las razones por las que la insistencia en la *prudencia*, propia de la política exterior realista y que Paco respaldó, es bien recibida más allá del realismo.

²¹ PEÑAS, “Clío y Palas Atenea...”, *op.cit.*, pp. 82, 86.

²² *Ibidem*, p. 88.

²³ *Ibid.*, p. 91., PEÑAS, “Camino de perfección...”, *op.cit.*, p. 58. Otros constructivistas hacen una referencia similar. Ver KRATOCHWIL, FRIEDRICH, “Why Sisyphus is Happy: Reflections on the “Third Debate” and on Theorizing as a Vocation”, *The Sejong Review*, vol. 3, n° 1, 1995

²⁴ CAMUS, ALBERT, *Le mythe de Sisyphe. Essai sur l'absurde*, Gallimard, París, 1942.

criticó en el realismo²⁵. En consecuencia, el existencialista escéptico tiene que vivir la tensión y alcanzar la felicidad a través de ella (“*il faut penser Sisyphe hereux*”²⁶), asumiendo su destino. No hay sentimentalismo de la tragedia. Paco habría estado tan molesto por el romántico que disfruta de un sentimiento de tragedia autoimpuesto, como impaciente (en italiano: *insofferente*) con la arrogancia del cínico, en el fondo egoísta, e intelectual y políticamente estéril.

En este contexto, Paco eligió la vocación de profesor. Aunque puede que no seamos capaces de alcanzar la verdad, como él planteó, podemos deshacernos de muchos mitos y falsedades²⁷. Algunos enseñan para decirnos a dónde ir, otros para que no olvidemos. Con toda su franqueza, en ocasiones contundente, en última instancia se mostraba humilde ante los aspectos positivos del patrimonio humano de las ideas y los hechos. Para una persona que no aceptaba fácilmente los universalismos, tenía urgencia de documentar y preservar —y, por qué no, disfrutar— aquello que la humanidad había podido lograr en lo bueno y en lo bello, incluso si la siguiente calamidad provocada por ella misma estuviera próxima a llegar. Al menos, el espíritu humano desafiaría el destino. En su enseñanza, en sus tutorías y en esta revista, buscaba preservar un espacio en el que todos podamos contribuir a ese archivo, para que la próxima estupidez o mala voluntad humana no nos haga olvidar los momentos en que realmente se materializó la humanidad digna.

Fue este siempre inacabado archivo el que nos arropaba esa madrugada en su piso, un archivo de ideas y armonías (musicales), recuerdos de muchas conversaciones, de compartir, persona a persona, un mundo que finalmente no entendíamos, pero que aun así tenía sentido, juntos. Aquí, como en cualquier otra parte, él mostraría su generosidad con aquellos que apreciaba o con los que compartían su particular búsqueda de sentido, siempre inalcanzable y, sin embargo, para siempre repetida en los momentos en que lo bueno y lo bello pueden aparecer junto a un sentimiento de comunión humana.

Cuando Camus fue más allá de su mito de Sísifo, derivó en un giro hacia la solidaridad: “*Je me révolte, donc nous sommes*”²⁸. En *La Peste*, Camus presenta una historia acerca de los valores de la solidaridad y la generosidad que pueden guiar a las personas en un mundo sin Dios. Camus describe una ciudad diezmada por una plaga²⁹. Bernard Rieux, un médico, recibe la ayuda de Jean Tarrou. El libro sigue a los dos en su intento de contener la propagación de la contagiosa y mortal enfermedad incluso aunque esto escape de su control. Trabajan hasta agotarse durante días y meses que solo parecen repetirse, un mero registro de muertes. La noche del Día de Todos los Santos, cuando la enfermedad parece haber alcanzado su punto álgido, se sientan en una terraza tras un arduo día. Escuchan, no por primera vez, los disparos que detienen a los habitantes desesperados por abandonar la ciudad en cuarentena. Cansado pero sintiendo la brisa del mar, Tarrou repentinamente propone a Rieux usar su *laisser-passer*³⁰ y tener un baño nocturno en la

²⁵ CARR, EDWARD HELLER, *The Twenty Years' Crisis: An Introduction to the study of International Relations*, Macmillan, Londres, 1946.

²⁶ N.d.T.: Debemos pensar en Sísifo feliz.

²⁷ PEÑAS, “Clío y Palas Atenea...”, *op.cit.*, p. 85.

²⁸ N.d.T.: “Yo me revelo, entonces nosotros somos”.

²⁹ CAMUS, ALBERT, *La peste*, Gallimard, París, 1947.

³⁰ N.d.T.: “permiso de salida”.

playa. Cogen el coche y llegan al mar cubierto por la luna. Quitándose toda su ropa, se zambullen en el agua aún caliente por el verano. Nadan, uno junto al otro, compartiendo en silencio un momento especial de humanidad compartida. Cuando les llega una corriente fría, el momento cesa, regresan a la playa y a su deber en la ciudad. Me gusta imaginar a Paco siendo uno de ellos.

Traducción: Ana Isabel CARRASCO VINTIMILLA

Referencias

- ARON, RAYMOND, *Les désillusions du progrès. Essai sur la dialectique de la modernité*, Gallimard, París, 1969.
- CAMUS, ALBERT, *La peste*, Gallimard, París, 1947.
- CAMUS, ALBERT, *Le mythe de Sisyphe. Essai sur l'absurde*, Gallimard, París, 1942.
- CARR, EDWARD HELLER, *The Twenty Years' Crisis: An Introduction to the study of International Relations*, Macmillan, Londres, 1946.
- HIRSCHMAN, ALBERT O., "The Search for Paradigms as a Hindrance to Understanding", *World Politics*, vol. 22, nº 3, 1970, pp. 329-343.
- KRATOCHWIL, FRIEDRICH, "Why Sisyphus is Happy: Reflections on the 'Third Debate' and on Theorizing as a Vocation", *The Sejong Review*, vol. 3, nº 1, 1995, pp. 3-35.
- MORGENTHAU, HANS J., *Politics Among Nations: The Struggle for Power and Peace*, Knopf, Nueva York, 1948.
- PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, "Camino de perfección: el imaginario social liberal de las relaciones internacionales", *Relaciones Internacionales*, nº 20, 2012, pp. 31-61.
- PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, "Clío y Palas Atenea: Apuntes sobre el papel constitutivo de la Historia en la Teoría de Relaciones Internacionales", *Relaciones Internacionales*, nº 37, 2018, pp. 59-93.
- PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, "Derechos humanos e imaginarios sociales modernos. Un enfoque desde las relaciones internacionales", *Isegoría*, vol. 51, nº julio-diciembre, 2014, pp. 545-574.
- PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, "¿Es posible una teoría de Relaciones Internacionales?", *Relaciones Internacionales*, nº 1, 2005, pp. 1-32.
- PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, "Estándar de civilización. Las historias de las relaciones internacionales", *Revista Jurídica Universidad Autónoma de Madrid*, nº 1, 1999, pp. 83-117.
- PEÑAS, FRANCISCO JAVIER, *Hermanos y enemigos. Liberalismo y relaciones internacionales*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2003.
- WALKER, R. B. J., *Inside/Outside: International relations as political theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1993.
- WENDT, ALEXANDER, *Social Theory of International Politics*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

Francisco Javier Peñas Esteban post mortem: el honor de pensar o una permanente mirada crítica

Mbuyi KABUNDA*

* Profesor-investigador especializado en los problemas de integración regional, desarrollo, género, derechos humanos y conflictos en África. Sus principales temas de investigación son las relaciones interafricanas, África en el sistema internacional, África y la cooperación Sur-Sur, migraciones africanas, conflictos armados y construcción de paz en África, e integración regional.

Coincidí con Paco Peñas como estudiantes en algunas asignaturas comunes de doctorado en la Universidad Complutense de Madrid, a finales de la década de los ochenta, antes de perder su pista. Volvimos a coincidir de nuevo a mediados de la década de los noventa, esta vez en la Universidad Autónoma de Madrid, en las reuniones, encuentros y debates preliminares a la creación del *Curso de Introducción a la Realidad Africana. África y Europa: Cinco Siglos de Frontera*, un curso dirigido a las personas interesadas en un acercamiento multidisciplinar del continente, dirigido por Paco Peñas y Antonio Santamaría. “Éramos de la misma quinta”, como le gustaba puntualizar.

Estos encuentros darán lugar, unos años después, a la creación del Grupo de Estudios Africanos (GEA). Acudí en el primer de estos encuentros en la UAM, acompañado con el profesor Théophile Ambadiang, de la mano del profesor catalán Ferrán Iniesta y de Antonio Santamaría, quien acompañó en todo momento este proceso.

Así surgió el primer curso de Estudios Africanos, organizado por el GEA en colaboración con la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología y el Departamento de Economía Aplicada de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales (UCM), y el Curso de desigualdades, Cooperación y desarrollo (UCM) y Los Libros de la Catarata.

Este período coincide con el estallido de varios conflictos en África: Liberia, Sierra Leona, Somalia, Congo-Brazzaville..., y en particular el genocidio de Ruanda y su extensión y consecuencias en toda la región de los Grandes Lagos, dando lugar a lecturas caricaturescas, simplistas y primordialistas en los medios de comunicación.

La tragedia de Ruanda, que asoló toda la región del África Central, con sus oleadas de terribles matanzas y movimientos de refugiados y desplazados internos, convulsionó a la opinión pública internacional, y fue presentado en la prensa internacional y local como un enfrentamiento “tribal”, nacido de los odios ancestrales entre hutus y tutsis. Ante esta campaña de desinformación a gran escala, me pidió Paco, en varias ocasiones (en los seminarios, conferencias y debates que organizaba al respecto), proceder a un análisis estructural de los conflictos en la región de los Grandes Lagos, para dar a conocer su génesis, las motivaciones y el papel de los actores locales, de los países de la zona y de las grandes potencias y sus agendas no declaradas, sobre todo en la llamada “primera guerra panafricana”, que tuvo como escenario el territorio de la República

Democrática del Congo. En pocas palabras, un análisis holístico basado en la deconstrucción y a contracorriente de la lectura etnicista.

Es este desconocimiento generalizado de África en la opinión pública y en los medios de comunicación el que llevó a Paco con un grupo de alumnas y alumnos, □exacerbadas/os por el exotismo racista y el vigente afropesimismo, la conspiración del silencio o los estereotipos□, a apostar por la creación de un grupo de estudios y análisis de las realidades africanas. Paco creó, encabezó y animó esta cantera para dar el paso decisivo en la creación del Grupo de Estudios Africanos del doctorado y, después, el Máster de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos, que él consideraba, acertadamente, como “una de las joyas del trabajo del Grupo de Estudios Africanos de la UAM”, por la sencilla razón de dar a conocer, de una manera objetiva, la situación de este continente maltratado en los medios de comunicación por los estereotipos y clichés heredados de siglos y décadas anteriores.

Fue la única razón, la de justicia y de objetividad científica, la que le llevó a tomar esta decisión de gran calado, a pesar de la hostilidad de algunos grupos integrados por algunos africanistas de la vieja escuela, que pensaban tener el monopolio de conocimientos e iniciativas sobre este continente.

Paco concentró toda su energía en montar el Programa de Estudios Internacionales y Africanos. Un primer paso fue la edición del libro *África en el sistema internacional*. Cinco siglos de Frontera (2000), elaborado con sus jóvenes colaboradores/as e investigadores/as, en aquel entonces novatos/as en el África Subsahariana, libro del que me encargó hacer la primera reseña, en la que dejé constancia del excelente trabajo cumplido y el rigor de la mayoría de las contribuciones, que se acercaban muchas, por primera vez, a las realidades africanas, rellenando con creces un vacío en los aspectos históricos, geográficos, políticos, económicos y de relaciones internacionales en relación con las publicaciones anglosajonas y francófonas en estos campos.

En cuanto a la propuesta de un programa de tercer ciclo (doctorado/máster) sobre África Subsahariana, Paco lo justificó por considerar esta región como la única área ausente en los currícula de la UAM y de las universidades españolas en general, a pesar de estar en el epicentro de la cooperación al desarrollo, de los análisis sobre la crisis del estado-nación y de las teorías del desarrollo, aspectos de los que se podrían sacar importantes lecciones para el propio Norte. Insistió en despertar el interés por una región que representaría el 40% de la humanidad en 2100, o para parafrasearle, “un continente que estudiamos, observamos y amamos porque queremos entendernos a nosotros mismos (...), un continente poblado por gentes que, a pesar de tener miles de razones para llorar, persisten en resistir y sonreír”. Una afirmación con gran carga moral.

Paco fue un verdadero maestro, un trabajador incansable, perspicaz e inasequible al desaliento. Como trabajaba mucho, era también exigente hacia los que trabajaban en su entorno. Un hombre de una gran honestidad intelectual y excepcionales cualidades humanas.

Es Paco quien me llevó a la UAM, a través del GEA, al que siempre había mantenido y sigo manteniendo la lealtad, inquebrantable a pesar del paso del tiempo y de los avatares. En cualquier caso, queda constancia de mi profundo agradecimiento.

Me recomendó seguir mantenimiento el alto nivel y las exigencias, a veces excesivas, de la asignatura (África en el Sistema Internacional) aquel día que le llegó, hace unos quince años, el rumor según el cual quería rebajarlas. Se acercó en persona hasta el aula donde me encontraba y en un tono serio me dijo: “No lo intentes, Mbuyi. Mira cómo tienes el aula, siempre rebosada”. Esto, viniendo de una persona hacia la que tenía un alto aprecio, sonó como un desafío, y desde entonces mantuve e incluso intento mejorar el nivel.

Además de compartir amistad, teníamos unas afinidades ideológicas y cercanas concepciones de las Relaciones Internacionales africanas y parecidos aspectos discursivos epistemológicos adheridos al tercermundismo. No dejaba de recordarme, entre bromas y risas: “Mbuyi, no te olvides de dar a conocer a los alumnos a Frantz Fanon y a Samir Amin”, a sabiendas que eran mis fuentes de inspiración, junto al erudito y afrocentrista senegalés, Cheikh Anta Diop.

Paco nos ha legado una mina de oro, que cobra especial relevancia en un contexto en el que escasean los estudios y publicaciones sobre África: un sólido Grupo de Estudios Africanos (GEA) y su Curso de Introducción a la Realidad Africana (CIRA), el más solicitado y recomendado para acercarse a las realidades africanas con rigor y a partir de un enfoque multifacético; un Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI) y su revista, con una importante difusión y credibilidad, en esta disciplina, a nivel internacional; y un excelente Máster en Relaciones Internacionales y Estudios Africanos, convertido en una referencia en este país.

Se ha revelado también como un autor prolífico en Relaciones Internacionales, con la publicación de libros como *Hermanos y enemigos. Liberalismo y Relaciones Internacionales* (2003), y uno de los pocos autores que trata temas de la moral en las Relaciones Internacionales, cargando contra el imperialismo internacional y su aliado local, la pequeñas élites africanas encargadas de sostener el colonialismo autóctono...

En todo momento me manifestó su amistad y aprecio, que siempre le devolvía. Esto no tiene precio.

En definitiva, en estos tiempos de populismos y de mediocridad intelectual generalizada, que difunden la desinformación y la ignorancia, es preciso retomar la antorcha que encendió Paco, un hombre que destacó en todo momento, al margen del patrón de las universidades, por su originalidad, pensamiento y reflexiones críticas. Hemos de aprender a gestionar la herencia que nos ha legado y a transmitirla a la generación venidera: una mirada intelectual rebelde permanente. Te echaremos siempre de menos, en lo académico y en lo personal.

Francisco Javier Peñas Esteban

Gladys LECHINI*

* Profesora de Relaciones Internacionales e Investigadora del CONICET. Directora del Programa de Relaciones Internacionales y de Cooperación Sur- Sur. Universidad Nacional de Rosario, Argentina.

Paco fue una de esas *rara avis* que conjugan el amor por las Relaciones Internacionales con el gusto e interés por los estudios africanos y por el debate académico desafiante, picante, estimulante y renovador.

Aunque llegó tarde a la docencia universitaria, su compromiso fue intenso. En 1993 empezó a impartir clases de Relaciones Internacionales en el Segundo Ciclo de Ciencia Política de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM) y desde entonces combinó su preocupación por las relaciones internacionales, desde la filosofía, la historia, la teoría y la práctica con los problemas africanos, convirtiéndose en el referente de la UAM, al organizar un pionero Máster de Relaciones Internacionales y Estudios Africanos.

Fue allí que lo conocí a través de Luciano Zaccara, un colega argentino que también daba clases en la UAM. A partir de entonces comenzó nuestro intercambio académico y docente, que luego se extendería a nuestros respectivos equipos de trabajo, avanzando en una profunda amistad personal.

Nuestros debates entrelazaban el pensamiento del norte sobre las Relaciones Internacionales con las problemáticas del sur y en particular de América Latina y África. Los enfoques teóricos surgidos en Argentina, las teorías de la dependencia y de la autonomía fueron la excusa para prolongados intercambios, tanto entre colegas como alumnos del Doctorado de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, donde tuvimos el placer de contarle como profesor invitado. De esta forma disfrutamos de dos cursos de Doctorado que impartió sobre “Las Relaciones Internacionales tras la Guerra Fría” y sobre “Nuevo orden mundial: ¿qué pensar? ¿qué hacer?: escuelas éticas en Relaciones Internacionales”, que luego se complementaron con discusiones interminables en los posteriores encuentros gastronómicos, particularmente los tradicionales asados rosarinos.

Siempre estimuló el análisis crítico, entender el mundo para identificar los patrones que incidían en las particularidades estructurales de nuestros países. Contrastar la teoría con la práctica y la realidad, abrirse a las discusiones y a escuchar todas las opiniones, estimulando disensos creativos.

Por mi parte, también compartí con Paco espacios en Madrid, participando en el Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI), impartiendo clases en el mencionado Máster y publicando en la revista Relaciones Internacionales en la que él coordinaba un artículo que surgió de una pregunta que me hiciera Paco y que al presionarme para explicar “que era el Sur” y “cómo

pensábamos desde el Sur” inspiró uno de mis trabajos más citados.

Coordinamos varios proyectos que abordaron estas cuestiones, con participación de docentes e investigadores de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM), la Universidad Nacional de Rosario (UNR) y la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), a saber, la “Creación de una red de investigación y enseñanza superior sobre la integración regional. Multilateralismo en América Latina y relaciones Sur-Sur”, entre 2009 y 2010, y “Cómo se ha conformado el mundo internacional de nuestros días. De la Expansión europea a la globalización: conflictos, resistencias y desarrollo desigual. El caso de América Latina”, entre 2011 y 2012. Asimismo, viajamos a Brasil, para incorporar en la cooperación a colegas del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de Brasilia.

Entre 2010 y 2011 compartimos la “Red temática para el desarrollo del estudio sobre mecanismos de cooperación entre países del Tercer Mundo: la cooperación Sur-Sur” corporizando un proyecto que sintetizaba nuestras preocupaciones globales y regionales, y que nos vinculaba en tanto equipos de trabajo, ya que su ausencia no implicó que nuestros lazos se cortaran. Muy por el contrario, su legado llevó a intensificar la cooperación interuniversitaria, a pesar de los constreñimientos financieros que están ocurriendo.

Venía a la Argentina con cierta frecuencia. Fue aquí que falleció inesperadamente el 19 de febrero pasado, durante una de sus vacaciones con colegas y amigos. Su temprana partida nos deja un vacío académico y de sentidos afectos personales. Su legado nos acompañará siempre, invitándonos a reflexionar y a mirar el mundo desde nuevas perspectivas, porque como todo maestro, no amasó el pan, sino que repartió levadura.

Conversaciones entre dos hombres buenos

Irene MARTÍN*

* Profesora de Ciencia Política en la Universidad Autónoma de Madrid. Ha sido profesora visitante en el Seeger Center for Hellenic Studies de la Universidad de Princeton (2007), en la Universidad de Atenas (2008) y la Universidad de Montreal (2012). En la actualidad es Delegada del Rector para Internacionalización en la UAM (Madrid).

Debo empezar este texto agradeciendo a Itziar Ruíz-Giménez su insistencia para que escribiera en la Ventana Social de este número tan especial. Mi resistencia, aparte de tener que ver con la falta de tiempo —en gran parte debida a mi especial habilidad para enfangarme en la gestión universitaria, cosa que a Paco le desesperaba, y con razón—, también estaba justificada, pues yo no me he dedicado ni me dedico a las Relaciones Internacionales. Sí fui alumna de Paco y disfruté, como tantos otros, de sus clases, no sin antes pasar por un periodo de desconcierto. Creo que a todos nos pasaba después de que Paco empezara su curso de Historia de las Relaciones Internacionales haciendo un somero repaso de la historia contada de revolución en revolución. Superado el desconcierto, uno decidía si era de los suyos, o no. Yo me decanté por lo primero, pero la vida me llevó a dedicarme a otros temas, unos más del interés de Paco que otros. De ellos, diría que el que más llegamos a compartir fue mi pasión por la Grecia contemporánea.

Pensándolo bien, ¿qué lugar podía ser más adecuado para comprobar la vigencia de esas fronteras porosas entre el “mundo civilizado” y el “mundo por civilizar” que tanto interés le suscitaban, unido al recuerdo frecuente del mundo clásico y a sus políticos filósofos y filósofos políticos, el olor reciente del derrumbe del Imperio Otomano, y el surgimiento de un complejo y acolegado estado-nación en plenos Balcanes? Y todo ello sin olvidar otro de los grandes atractivos que Grecia tenía para Paco: lo laxa que es la implementación de la legislación antitabaco.

Cada uno de nuestros viajes a Grecia —y Turquía— era sin duda una ocasión para seguir disfrutando de las reflexiones de Paco sobre la Historia y las Relaciones Internacionales. Pero no es de eso de lo que finalmente he decidido escribir, aunque bien podría haberlo hecho. En cambio, decidí aprovechar esta ocasión para tomarle la palabra a Eugenio del Río, que en el acto que organizamos en homenaje a Paco el 26 de mayo de 2018 me había hecho una cálida invitación a que le llamara un día para hablar. Eugenio fue secretario general del Movimiento Comunista entre 1975 y 1983. Paco militó en el MC después de que le echaran de la ORT en 1977 junto a su amigo Miguel Jiménez. Estando en el MC, entre 1981 y el referéndum del 12 de marzo de 1986, formó parte del núcleo fundacional de la Comisión Anti-OTAN. Fue probablemente entonces cuando más empezó a interesarse y a estudiar Relaciones Internacionales. Oyendo hablar a Paco de aquellos años, siempre he tenido la sensación de que fue una buena época para él. Hablar inglés le había convertido en la persona de contacto con el movimiento pacifista en el resto del mundo, y de aquellos viajes siempre solía traer anécdotas, como haberse reunido con Jeremy Corbyn.

A Eugenio yo no le había conocido hasta aquel día del homenaje. Pero Paco me había

hablado de su reencuentro con él después de más de quince años sin verse, y yo sabía que ahí se había producido una sintonía sobre la que sentía curiosidad por saber más. Paco era muy selectivo con sus compañías, y especialmente si tenían que ver con su pasado de militancia política. También era tirando a lacónico. Pero cuando se sentía a gusto, se entregaba con deleite a las conversaciones sobre el mundo y sus miserias, nunca mejor dicho. Eugenio fue probablemente quien más disfrutó de esas conversaciones durante los últimos años, hasta su último encuentro el 17 de enero de 2018. En el mensaje en el que me confirmaba que le gustaba la idea de que mantuviésemos una conversación para este número especial, Eugenio me adelantaba ya que, en aquellos encuentros cada dos semanas, abordaron un montón de asuntos como “las revoluciones del siglo XX, los liderazgos revolucionarios, la presencia de la violencia en el mundo, la violencia política, el terrorismo, la izquierda radical y nuestro pasado, nuestras responsabilidades, la política española y, de manera especial, la experiencia de Podemos, la ambivalencia de los proyectos colectivos...”. También me dijo que les quedaron pendientes otras como la cuestión de las generaciones, o los paradigmas de la historiografía. Como no podía ser menos, la entrevista fue larga, y se prolongó con una comida. Lo que sigue no es más que una selección de algunos momentos de aquella agradable conversación.

El domingo 10 de febrero, a las 12 hs, llegué al local de la ONG Acción en Red, a la que Eugenio está vinculado. Yo creía haber estado en aquel local a mediados de los noventa, cuando Paco organizó un seminario con estudiantes suyos para discutir algunos textos sobre relativismo cultural, si no recuerdo mal. Eugenio me sembró la duda de si había sido allí, o en el local desde el que se habían mudado en la calle Hileras. En cualquier caso, lo que sí era seguro es que hacía poco que Paco había abandonado la militancia política en Liberación, si bien su vínculo con aquel mundo aún no se había enfriado tanto como llegó a hacerlo en años posteriores. Es una de las cosas que acabará saliendo más tarde en la conversación, lo dolido que se había ido Paco de Liberación y los años que tardó en superarlo.

Le pregunto a Eugenio por el fracaso de la unión entre el MC y la Liga Comunista Revolucionaria (LCR) y me confirma las razones que Paco siempre había señalado, como la falta de autocrítica. Recuerda que se trataba de dos mundos ideológicos y políticos que resultaba muy difícil ensamblar. Me confiesa también que a él, igual que a Paco, le resulta difícil vivir en la ambivalencia entre las decisiones que hay que tomar cuando se es activista, y el cuestionarse todo continuamente y que ambos tenían algo de rara avis en aquel ambiente. A lo largo de la conversación se va haciendo evidente que esa forma “rara” de estar en la militancia —o incluso en el mundo— fue intensificándose con el tiempo, creando un cierto extrañamiento en ellos con algunos de los que habían sido compañeros en diversas corrientes de la izquierda radical. Eugenio puso como ejemplo que en algunos observa una búsqueda de artefactos identitarios que no siempre miran al conjunto de la sociedad ni las mejoras producidas en la misma, como la crítica a la transición, que él ha ido relativizando con el tiempo.

Nada más sentarnos, me da un papel con unas reflexiones escritas. Me dice que las traía preparadas porque son importantes, y es posible que en una entrevista sobre temas concretos no surjan. Empiezo a leer: Paco y él se reencontraron casualmente un mediodía de octubre de 2016, a eso de las tres. Eugenio estaba tomando un café en el Rodilla al lado de casa de Paco, y Paco volvía de pasear a Jack. “A partir de entonces, nos veíamos regularmente cada dos semanas;

todos los miércoles a las tres y media, en el Rodilla de Ópera. Tomábamos siempre un frappé de café. Paco con nata y yo sin nata. Estábamos charlando hasta las seis, más o menos. Sólo algunas veces había temas prefijados. En todo caso, siempre repasábamos las novedades políticas”. Me llama la atención, y me conmueve, lo cotidiano y lo rutinario de los elementos que quiere destacar Eugenio. Sus palabras evocan el placer que siempre encontró Paco en las conversaciones pausadas, sin finalidad, pero siempre con rigor, sobre los temas que le interesaban. Le digo que me consta que Paco disfrutaba mucho de los encuentros con él y me dice que sabía que los disfrutaba, y que él también.

Sigo transcribiendo las notas que me pasa Eugenio: “Las conversaciones desembocaban a veces en una aproximación de puntos de vista, pero no sacábamos conclusiones ni cerrábamos ningún asunto; creo que ambos queríamos que los objetos estuvieran siempre bien especificados, y nos esforzamos por precisar el sentido que dábamos a las palabras, sobre todo cuando se trataba de vocablos de peso, más allá de sus usos retóricos o ideológicos. También procuramos que nuestras reflexiones tuvieran unas referencias empíricas claras. Todo esto propició un intercambio de ideas fluido y eficaz”. Y sigue: “Aprecié mucho su talante inconformista, que le llevaba a preguntarse por el fundamento de los legados recibidos y a ponerlos en cuestión cuando se terciaba. Era muy valiosa, en general, su disposición autocrítica, tan infrecuente. Y también su constitución moral. No me refiero solo a la tendencia a considerar las cosas bajo un ángulo ético, sino también a la preocupación por los efectos del propio trabajo”.

Entre los temas de los que hablaron, Eugenio me dice que les dio para bastante conversación el Museo de la Stasi, que él había visitado en Berlín y que le había impactado por el nivel y la perfección en el control de la sociedad que habían alcanzado. Esto les llevó a una cuestión recurrente en sus conversaciones: ¿de dónde salieron esas decenas de miles de opresores profesionales? Le comento que me parece curioso que les llamase tanto la atención ese asunto a dos hombres buenos que habían llegado a defender la violencia. Eugenio responde con un “por ejemplo”; lo que Paco le había respondido por escrito en uno de los correos con los que seguían conversando era que las explicaciones que se le venían a la cabeza eran, o bien economicistas (los privilegios materiales de la *nomenklatura*), o algo que estaba muy presente en su pensamiento: la concepción teleológica y “vanguardista” de la historia, la idea de que nosotros tenemos la verdad y hay que convencer a las masas. Es más, Paco le decía que lo tenía presente en la cabeza constantemente porque tenía mucho que ver con su autoidentidad.

De hecho, el terrorismo es otro de los temas que interesaba mucho a ambos, y Eugenio me muestra el intercambio con Paco al hilo de la tesis que le estaba dirigiendo a Alice Martini. Paco le había planteado que “en el discurso académico y político occidental hay un desplazamiento en lo que se refiere al llamado terrorismo, de lo político a lo civilizatorio, o a lo teleológico”. El tema de la violencia política parecía estar omnipresente en sus conversaciones. En otro de los textos comentados que se habían intercambiado veo que también habían hablado sobre la guerra justa y el debate sobre si las guerras están disminuyendo.

De la violencia política pasamos al maoísmo, y de ahí a la influencia que la socialización en colegios religiosos había tenido en sus vidas. ¿Cómo? A mi pregunta de cómo se debe interpretar esa perplejidad ante la violencia en dos antiguos maoístas, Eugenio me explica que el maoísmo en

España era un producto envasado para el extranjero que deformaba la realidad de lo que ocurría en China. Pero, sobre todo, me insiste en la importancia de darse cuenta de cuáles fueron los mecanismos mentales, morales y sociales por los que alguna gente joven de aquella generación buscaba un artefacto ideológico como ese. “La tendencia hacia lo absoluto es fundamental. Fuimos socializados en eso. Todos habíamos pasado por colegios religiosos, todos”. En ellos “se nos inculcó la idea del bien absoluto, el heroísmo, la entrega ilimitada a través de los héroes que tenía a mi alcance en el colegio de los Marianistas”, y recuerda los libros que tenían en el colegio de Ramiro Ledesma Ramos, Onésimo Redondo, José Antonio Primo de Rivera, Ramiro de Maeztu, Víctor Pradera...; los héroes, mártires a poder ser, del franquismo. El resultado, me cuenta, es que en algunos jóvenes se produjo una especie de hibridación. Por ejemplo, su colegio estaba al lado del barrio de San Roque, uno de los barrios más pobres de San Sebastián, y él iba allí ya a los 15 o 16 años, a dar clases y organizar juegos para los niños.

Recordamos que Paco fue a un colegio de jesuitas, y que hablaba mucho de la huella que le había dejado su paso por allí. A menudo hacía referencia a su expulsión del colegio y al disgusto de su padre, lo que no le impedía reconocer que aquellos años le habían marcado para siempre. Recuerdo oírle decir en varias ocasiones que los jesuitas tenían como misión formar a las élites en cualquier lugar, fueran de la ideología que fueran. Mientras escribo esto, pongo en conexión esta parte de la conversación sobre la educación en colegios religiosos con los temas que siempre han preocupado a Paco, sobre los que hablaba en clase o fuera de ella, sobre los que escribía, y sobre los que también conversó con Eugenio: la guerra justa, el terrorismo, el espíritu civilizador... Y, de repente, ¡me acuerdo de la fascinación que sentía Paco por los cuadros de arcángeles arcabuceros!

Antes de irnos Eugenio me enseña el local. Son dos plantas llenas de despachos y estanterías llenas de libros clasificados por temas: economía, movimientos sociales, marxismo... y una de sus preferidas, historia. Parece resignado a que más pronto que tarde tendrán que dejar el local, que la cosa no da para más. Aparentemente lo dice con convicción y serenidad y, a diferencia de cómo lo vivió Paco, sin amargura. Me llevo la sensación de que Paco y Eugenio tuvieron la suerte de reencontrarse después de tantos años, o puede que incluso debiera decir de “encontrarse”. Días después me decía otro buen amigo de ambos, Virgilio Marco Aparicio, que Paco y Eugenio probablemente no habían tenido la ocasión de conocerse bien durante los duros años de militancia, donde las conversaciones probablemente no habían sido ni tan sosegadas, ni tan libres, ni tan placenteras. La vida —que, como decía Paco, “a veces es justa”— les dio la oportunidad a dos hombres buenos, sabios, honestos, sosegados, y con mucha historia a sus espaldas, de disfrutar del placer de la conversación delante de un café frappé muchos años después. Todo muy griego.

Paco, el director de tesis padre académico

Alice MARTINI*

* Coordinadora del Grupo de Trabajo de Estudios Críticos de Terrorismo (Critical Terrorism Studies Working Group – BISA).

“La ética sin Dios es solo estética”

“Esta cita es tuya, Paco”, te dije después de que nos hicieras buscar estas palabras como locos durante días y días a José y a mí. “Ah bueno, puede ser, a veces me invento cosas”, me dijiste. Esto era en los años de mi máster. Unos meses después me la volviste a sacar diciéndome que te la buscara. Y no querías creerte que era tuya, “es que es muy buena, Alice”. Siempre así tú, tan humilde por la vida. Tantos “que yo no soy nadie” para, al final, revolucionarnos la vida a todos los que estábamos a tu alrededor y destruirnos nuestras verdades. Y, de paso, las tuyas.

Para mí, Paco, siempre has sido un gran maestro, pero, sobre todo, siempre has sido una de las mejores compañías. La gente a veces se sorprendía de la cercanía que teníamos tú y yo. No solo de lo bien que nos llevábamos, sino también de la buena relación que teníamos y que, sin duda, iba más allá de cualquier relación profesional o académica. Me imagino que no es tan común tener las llaves de casa de tu director de tesis para ir “cuando quieras, Alice” y para cualquier “¿puedes ir a buscar esto a mi casa?”. O directamente vivir en su casa un mes. O que doctoranda y director hablen tan normalmente de sus problemas personales más que de la tesis durante una tutoría. Sin embargo, me imagino que tú siempre habías sido así y que yo solo fui la última persona de una serie de grandes alumnas tuyas, porque de los alumnos “hacía años que les perdiste la pista”. Que fui una de las que tuvo la suerte de poder compartir una parte de mi vida contigo. No sé a cuántos directores-doctorandos les hace tanta ilusión pasar tiempo juntos como nos lo hacía a nosotros. Las horas interminables a debatir entre sofá y mesa... y los comentarios y las sugerencias que apuntabas en mis textos y que después ni tú conseguías leer. “¿Qué he escrito aquí, Alice?”. “Pues ni idea, Paco”. Y decirme que fuera cada vez antes a tu casa para después salir a pasear a Jack en la plaza de Oriente... donde tú, cada vez, ibas perfilando una nueva parte de mi tesis, o, más en general, de mi vida. Pero también donde me contabas tanto de ti, de tu manera de ver la vida.

La primera vez que te vi fue en tu despacho de la UAM, cuando estaba empezando el máster. Años después me contaste que, en la selección, te había gustado mi CV, “porque salías de lenguas, Alice, y está bien para RRII”. Aquel fue un encuentro muy rápido, un par de semanas después te diste de baja de la Autónoma y nunca tuve la oportunidad de tenerte como profesor en ninguna clase. Además, al principio me aconsejaron no coger asignaturas tuyas, porque “es un profesor muy exigente, manda muchas lecturas y le gusta mucho debatirlas en clase”. Decían que dabas mucho trabajo. Así que no las cogí. ¡Ironías de la vida! De todas formas, enseguida te fuiste de la UAM, aunque tu presencia seguía allí: siempre te mencionaban en las clases de Ari o de Sergio. Sin embargo, nosotros no nos conocíamos aún.

El destino nos había reservado un encuentro un poco diferente, menos profesional, pero,

a lo mejor por esa razón, aún más significativo de lo que después sería nuestra relación. Fue en un bar, en el *Loukanikos*, cuando tú y yo hablamos por primera vez. Y la conversación no fue de las más convencionales: iba de Wittgenstein y de la construcción lingüística de la realidad. Y, claro, ¡nos quedamos solos! Creo que aquella noche tú decidiste mi destino... lo que yo haría y sería. “¿Y qué planes tienes para después del máster? ¿Te gustaría hacer un doctorado?”. Estaba claro, pero yo aún no lo sabía. Recuerdo que empezaste a decirme que escribiera o buscara algunas cosas para ti. Yo lo hacía, pero como gesto hacia ti. Años después me doy cuenta de que eran cosas para mí, para mi tesis. Que tú ya habías decidido, pero yo no lo sabía. Hay días en los que me doy cuenta de cuánto has ido dirigiendo mi vida para hacerme llegar donde estoy ahora. De cómo, poco a poco, todo lo que me hiciste leer, escribir, buscar, traducir, va encajando en mi tesis doctoral. Piezas de un *puzzle* que yo no veía, pero me imagino que tú sí.

Creo que fue aquella noche cuando decidiste que haría un doctorado. O sea, no solo decidiste que haría un doctorado contigo, sino que yo tenía que hacer un doctorado. Aunque bueno, a mí me llegó la noticia unos meses más tarde. Cuando te enfadaste un montón —y no sólo conmigo, también con los “blandotes” de Sergio y Ari que no habían conseguido detenerme— porque había decidido “perder tiempo de mi vida” y hacer las prácticas que ofrecía el máster. Y es que así “¡perdemos mucho tiempo para nada! Si lo que tienes que hacer tú es centrarte en tu tesis”. “Mi tesis”, algo que yo aún no sabía ni qué quería decir. Sin embargo, no lo sé, pero a lo mejor fue allí cuando tuve la primera sensación de que esta relación iba más allá de lo académico. “Es que no te lo voy a perdonar tan fácilmente, Alice. Estoy enfadado contigo”, me decías.

Volviendo a pensar en ello, me doy cuenta de que en tu primer año fuera de la universidad te aburrías. Y mucho. Pocos saben que empezaste a darnos seminarios privados a José y a mí. Decidiste que cada semana nos mandarías unos textos y que los debatiríamos juntos, en tu casa. Aún recuerdo el honor que sentíamos nosotros al poder sentarnos los tres —Jose, Jack con su pelota (tu “chucho”), y yo— en tu sofá. Y hablar de *reflexionismo*, de la muerte de Dios y de cosas que nunca sabríamos sin ti. Y de cómo te metías con nosotros, de forma graciosa, pero destruyendo poco a poco lo que pensábamos saber. Que “aunque hayáis escuchado el canto de las sirenas deciros que los estados ya no tienen importancia en las Relaciones Internacionales, esto no es verdad”. Y que José, que había estudiado Derecho, se tenía que dar cuenta que “es totalmente una construcción social, un arma de los poderosos. Que vale, que son convenciones, pero que las Relaciones Internacionales vienen primero. Alice se salva un poco porque ha estudiado idiomas”.

Finalmente, mis prácticas se acabaron y por fin me “dejé de tonterías” para centrarme en “lo importante, lo que a ti te interesa, Alice, tu tesis”. Yo quería hacerla sobre las teorías críticas de seguridad, pero tú tenías otros planes. Porque al final lo de la seguridad estaba estudiado y estudiado y es que al fin y al cabo “tampoco tiene mucho sentido”. Y fue así que empezó un proceso que yo recuerdo como el más doloroso y difícil del doctorado: buscar otro tema que nos convenciese a los dos. Y me hiciste leer, leer y leer, “porque es leyendo que llegan las ideas”. Los clásicos y los filósofos del lenguaje, algunos de los miles de tus libros. Cuando me prestaste el primero, me dijiste “este te va a encantar, el escritor es un cachondo, es un gracioso”. Lo miré: Ian Hacking, *Why does language matter to philosophy?* No entendía nada. Después vinieron Connolly, Onuf, Kratochwil, Wittgenstein. Textos que me resultaban casi incomprensibles. Cuando llegaron Schmitt y Mouffe me parecían casi demasiado sencillos. Tú me decías que cada vez que volviera a

leerlos entendería algo más. No lo sé, ya lo volveré a intentar... algún día. Qué difícil se me hizo este camino. Pero tú estabas allí, para guiarme y para explicarme lo que no entendía. “Trae lo que has leído y lo hablamos y debatimos todo, Alice”.

Después de mucho luchar, salió un proyecto. Y me dieron una beca. En Italia. Lejos. Y cuando la gané no te pusiste contento. O sea, lo intentabas, pero yo sabía que no lo estabas. Te sentí muy lejos, enfadado casi. “Es que no quiero que te vayas, Alice”, me dijiste, “que se me van todos los doctorandos”. Pero yo te dije que esta vez sería diferente, que yo quería seguir contigo y que encontraríamos la manera. Porque yo tampoco quería dejar de trabajar contigo. ¿Cómo podía? Te pusiste muy contento cuando el codirector de Italia dijo que le parecía bien que siguiera trabajando contigo. “Es que me cae bien, Alice, y se ve que es buen tipo, pero mejor que no haya otro que se meta en nuestras cosas”. Después llegó el tercero, que es “tu *pope*, Alice, tienes que ir a trabajar con él”. Pero otra vez volvías a estar preocupado. Que no tenía que dejarme llevar a lugares de las RRII menos posestructuralistas y menos críticos, donde sí existe una única verdad. Y al final te cayó bien, más o menos, “es majo, pero creo que el giro lingüístico no le ha llegado de pleno. Es un pelín materialista”. Y bueno, te dije que no te preocupases, que no me dejaría “colonizar”, aunque creo que nunca te lo creíste totalmente y seguías recordándome, de vez en cuando, que “todo es lenguaje, Alice”.

Y fue allí cuando esta relación que teníamos empezó a tomar forma. En estos momentos difíciles, lo académico se fundió con nuestros problemas personales. Pero bueno, seguimos. Poco a poco. Cuando podía, y cuando podías. Y tú me ayudabas. Este fue el año de tu última gran depresión. Aunque pocos saben que quien estuvo mal ese año antes que tú, fui yo. Estuve muy, muy mal. Tú eras uno de los pocos que lo sabían. Recuerdo que lloraba y lloraba cuando hablábamos por Skype. Y me intentabas consolar, pero no sabías cómo. Y después me pedías perdón por correo, por no haber sabido estar allí. Una vez intentaste llevarme mentalmente a la tesis, a concentrarme, pero no lo conseguiste. Y después me pediste perdón: “Perdóname Alice... tú estabas deprimida y yo, que sería casi la persona más apropiada para entenderlo, me comporté como un sargento prusiano y borde. Perdóname. Besos. Paco”.

Pero después fue tu turno. Siempre sabía cuándo algo iba mal porque de repente no me contestabas. De hecho, así pasó también en la que fue la última vez, cuando llegaste a Argentina.

Sin embargo, aquella vez finalmente conseguí hablar contigo. Había vuelto a Madrid y quería ir a verte. Pero tú no querías, que no tenías fuerzas, que estabas muy mal. Pero es que yo te quería ver e insistí tanto que al final me dejaste ir a tu casa. Me dijiste que no querías “hablar de la tesis o de cosas de trabajo, por favor”. Señal clara de lo mal que estabas. Te dije que no, que sólo quería verte, y me dijiste que vale, que fuera a verte una media horita. Fui. Me preguntaste qué tal, cómo estaba, si ya estaba mejor. En la cuarta pregunta caíste: “¿y qué tal la tesis? ¿sigues, sí?”. Al principio me cortaba un poco, contestaba con el “bien, todo bien”, formalidad de quién no quiere molestar. Pero empezaste a preguntarme más, y más en detalle por dónde iba, dónde me había atascado, etc. Salí tres horas más tarde con un índice de tesis, unos cuantos libros por leer y un artículo que teníamos que escribir entre los dos. Habías vuelto.

Días después salimos a tomar algo. Me diste las gracias por haber vuelto, y me dijiste que

tú eras quién más me había echado de menos en Madrid. Mi pareja, que llevaba meses sin verme, estaba allí al lado, pero no dijo nada. Tal vez hasta fuera verdad. Y yo te dije que gracias de qué, que si no había hecho nada. También me dijiste que habías escrito “algo” para nuestro artículo. Que “voy por la página 40, pero en cuanto acabe te lo mando y ¡añades lo que falta!”. Y empezamos a trabajar en ese artículo. Y me decías, “nunca dejes de escribir lo que se te ocurre, que siempre es más fácil recortar después, que siempre hay que seguir”. Aunque esto más que un artículo, ya empezaba a parecer un libro. Y otra vez me diste las gracias porque “me has desatascado, Alice, ya estoy mucho mejor”. ¡Pero si yo no había hecho nada! “Ahora nos tenemos que centrar en tu tesis”.

Empecé a preocuparme mucho porque no quería que volvieras a caer en depresión. Pero no conseguía avanzar en mi tesis y escribir al ritmo que tú necesitabas. Te mandaba cualquier cosa que conseguía escribir, una vez hasta te mandé un post para un blog. “Que está muy bien, Alice, pero a lo mejor no hace falta que me lo lea”. No conseguía darte cosas nuevas cada día y empecé a decirle a todo el mundo que te mandaran cosas. Y fue cuando te empezaron a pedir que editaras y revisaras, que coordinaras números de la revista y no sé qué más... es que yo sentía que necesitabas trabajar. Porque “nunca dejarías de ser profesor”. Una terapia inventada y sin ningún tipo de rigor científico, pero que parecía aguantar.

Y así seguimos. Más meses de mucho trabajo. Otra vez de sofá y mesa y de mesa y sofá. Todo con el típico olor de tu casa, este espacio increíble que habías creado donde todos los que entrábamos por primera vez nos quedábamos sorprendidos, pero donde, al mismo tiempo, nos sentíamos tan cómodos que solo queríamos quedarnos allí y leer tus miles de libros. Y poco a poco la tesis vino cogiendo forma. Y poco a poco empezaron a aparecer índices más detallados, análisis, capítulos, y hasta partes de metodología que “mira tú, Alice, que al final no era tan aburrida”. Y que, “me ha gustado esta nueva versión del índice; no me lo esperaba, pero me parece que es muy apropiada”. “Si fue idea tuya, Paco”. O como aquella vez que me llamaste, tan serio: “Alice, te llamo porque me he leído el capítulo que me has mandado y quería hablar contigo...”. Y silencio. El primer capítulo “serio” que te había mandado, después de tanto esfuerzo. Y tú, llamándome tan serio. Y yo, pensando que estaría fatal. “Nada, sólo quería decirte que me ha gustado mucho, que está muy bien, que esta noche puedes dormir tranquila”. El Paco profesor.

Y es que pasaron tantas cosas a lo largo de este proceso. Hasta te hospitalizaron. La primera vez que fui a verte estabas mal, no tenías fuerzas. La segunda me empezaste a preguntar por la tesis y cómo iba todo y que “en cuanto salga nos ponemos bien, que no quiero que te vayas por las ramas”. Y es que eras un luchador y te recuperaste. Un año más tarde te volvieron a hospitalizar, pero solo por unos análisis. Te pregunté si querías que fuera a verte y me dijiste que “claro, y tráete libreta y boli que me voy a llevar el capítulo de la tesis que me has mandado y así lo debatimos”. Y fui. Y no solo me diste una tutoría de dos horas en el hospital, sino que también me hiciste ayudarte a salir a fumar. “Que yo aquí me aburro Alice... me pongo ropa de calle y bajamos juntos y nos quedamos allí que puedo fumar, seguro que no se entera nadie”. Y quién iba a llevarte la contraria... y qué vergüenza me daba, y ¡la bronca que me habrían echado las enfermeras!

Pero bueno, así continuamos otra vez. Me ofrecieron otra estancia fuera. Y me dijiste que te parecía bien pero que “máximo en mayo, te quiero aquí en Madrid. Es que tendremos que

trabajar, Alice. Necesitamos leernos todo el manuscrito bien, para ver cómo queda todo junto y revisarlo muy en detalle todo”. No faltaba mucho para acabar. Pero te fuiste antes, y a mí aún me cuesta mucho asumirlo. Me cuesta no llamarte por teléfono cuando me aburro. O recibir tu llamada porque “la he liado con el ordenador, Alice, no sé qué he hecho”. Una vez te autodefiniste como mi padre en Madrid porque “por algunas cosas te conozco mejor que tu padre”. Y bueno, sin duda, era verdad. Aunque a mí siempre me habías parecido más mi abuelo en Madrid. No por la edad, más bien por la sensación de confidencialidad y comodidad al estar contigo. Por la confianza que nos teníamos, por los secretos que nos contábamos y por las broncas “majas” que me echabas. Cuando te fuiste me dejaste con la sensación de que me habías abandonado, no solo por lo de la tesis, sino por la vida en general. Me sentí un poco huérfana. No fue un sentimiento de traición, porque sé que nunca lo habrías hecho. “Los profesores que cogen doctorandos y no los llevan hasta al final no se merecen ser llamados así”. Y tú, sin embargo, creo que sí lo merecías y creo que nos lo demostraste hasta el final. Es que yo navegaba, pero tú siempre eras mi faro en la costa. La costa que de vez en cuando necesitaba tocar, pisar para después poder navegar más segura. Y es que yo quería que estuvieras orgulloso de mí.

Y yo aún no me lo creo. Y seguro que muchos más tampoco. Ha pasado un año, pero no lo he asumido. A veces aún pienso que iremos a Pisa y defenderemos la tesis (y es que tú siempre hablabas en plural de “nuestras cosas”, de nuestra tesis, “aunque quien la escribe eres tú, Alice”). Me cuesta pensar que no vas a volver a Pisa conmigo para entregar y defender este esfuerzo que tanto nos ha costado, para defenderla allí... “bueno, esto tú, Alice, que yo me voy a fumar debajo de la torre, que ya sabes que me encanta la torre de Pisa”. Y se me hace muy raro. Porque en mi cabeza nos quedaban aún tantos años juntos, tantos años para aprender de ti, tantos años para el “bueno, esto ya lo veremos más adelante, Alice”. “Yo casi prefiero una muerte digna a que acabe esto en una chapuza” me dijiste una vez. Hablabas de la revista, pero parece que te has aplicado el cuento. Muriéndote lejos de todos, al otro lado del charco. Tan, tan, tan lejos.

Y sigo pensando en las últimas cosas que me dijiste... sobre la tesis, sobre la vida... tanto la tuya, como la mía. De las cosas que nos contamos cuando salimos a pasear a Jack aquella última vez, en una noche que parecía ser tan normal. Por los cotilleos y por la manera en la que te tomaba el pelo... ¡yo a ti! Como siempre solía pasar. Y que me ibas a llamar cuando ya estuvieras instalado en Argentina. Y que “qué vacaciones y vacaciones, que tenemos que acabar la tesis. Tú mándamelo todo por correo y hablamos en cuanto llegue”. Pero no contestaste nunca. Y como siempre cuando no contestabas, sabía que te estaba pasando algo. Pero no me imaginaba que llegaríamos a tanto. Y cuando la gente preguntaba si fue inesperado... yo les decía que sí, que nadie lo veía venir. Aunque a lo mejor no es verdad, era que nadie lo quería ver venir. Nadie pensaba que te irías así, de una manera tan simbólica. Te despediste dejando tareas para todos nosotros, de una manera casi demasiado normal para lo que vendría después.

Así que nada, habrá que seguir y cuidar de las herencias que nos dejaste. Porque es lo que habrías querido y porque son verdaderos tesoros, lugares académicos donde prima el cariño, la amistad y el amor para el conocimiento, lugares difíciles de encontrar en la academia hoy en día. Pero eso sí, te echo y te echamos mucho de menos, Paco. Es muy difícil asumir que ya no estás. Muchas gracias... por todo.

Paco Peñas, un internacionalista ejemplar

Jaime PASTOR*

* Profesor Titular en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), Licenciado en Sociología en la Universidad París-VIII y Doctor en Ciencias Políticas en la Universidad Complutense.

“El mundo del presente es un mundo turbulento y agónico, y poco consuelo es pensar que puede ser que siempre haya sido así. Supone al mismo tiempo un desafío intelectual y un desafío a la conciencia ética. Comprender es una forma de compromiso con la emancipación”.

A sí concluía Paco Peñas su obra *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y relaciones internacionales*, publicada en 1997, versión adaptada de su tesis doctoral de cuyo tribunal académico tuve el placer de formar parte. Creo que esas palabras reflejan bien cuál fue la inquietud política e intelectual que guió a su autor desde los años setenta del pasado siglo hasta su muerte a comienzos del año 2018: comprender siempre críticamente la realidad para contribuir a transformarla, buscando cada vez con mayor intensidad una postura epistemológica que él mismo llegaría a calificar en su último artículo como “reflectivista, por llamarla de alguna manera, y escéptica (en los parámetros del uso vulgar del término)”³¹.

Mi intención con este texto no es ofrecer un recorrido general por la obra, sobre todo académica, de Paco, tarea que otras personas pueden cubrir con mayores conocimientos que los míos. Me limitaré a ofrecer unos apuntes sobre algunas de sus contribuciones, procedentes tanto de su fase más militante como de la más académica, acompañados de referencias personales a distintos momentos compartidos con él.

De la campaña antiOTAN a la Guerra del Golfo de 1990-1991

Empezaré con la que hizo en el II Encuentro del Movimiento por la Paz del estado español, celebrado en Barcelona del 16 al 19 de marzo de 1985. El título de su comunicación, *Violencia-no violencia. El Movimiento por la Paz y las formas de lucha*, reflejaba la disposición a no rehuir el debate en torno a temas particularmente polémicos. Un rasgo que caracterizó a Paco desde su militancia en la Comisión antiOTAN, de la que fue uno de sus principales animadores, como recordaba Manolo Garí³², y desde la cual potenció un grupo de trabajo sobre política internacional que elaboró muy buenos dossiers, además de aportar sus propios artículos en la revista de la Comisión, *Zona Cero*, que duró hasta principios de los años noventa, y otras como *Servir al pueblo* o *Página abierta*.

Entrando ya en el contenido del documento, conviene recordar que la cuestión de la violencia era muy controvertida en el seno del movimiento por la paz que se había ido configurando

³¹ PEÑAS, Francisco Javier, “Clío y Palas Atenea: Apuntes sobre el papel constitutivo de la Historia en la Teoría de las Relaciones Internacionales” en *Relaciones Internacionales*, 37, febrero-mayo 2018.

³² “Paco Peñas (1951-2018), Al amigo, al compañero”, 22/02/2018. Accesible, junto con el artículo de Irene Martín, en <http://www.vientosur.info/spip.php?article13507>

en torno a la lucha por la salida de la OTAN, ya que la mayoría de la izquierda radical, si bien no se identificaba con ETA, se mostraba solidaria con la lucha armada que en muchos lugares del entonces denominado Tercer Mundo se había desarrollado desde finales de los años sesenta. En ese texto Paco comenzaba constatando que el concepto de “violencia” engloba realidades muy diferentes, para luego precisar que la corriente con la que él se identificaba era “la que no niega, y afirma, la legitimidad de la violencia de los oprimidos frente a la violencia de clase organizada —el estado— ni la eficacia de la acción violenta para hacer avanzar y triunfar los procesos de liberación de los pueblos”.

Desde esa aclaración previa, reconocía sin embargo la necesidad de buscar el mayor consenso posible dentro del movimiento en torno a las formas de lucha no violenta a emplear, ya que “este terreno común es el de más actualidad”, siempre partiendo de que “no hay que confundir no violencia con legalismo”. Por eso, propugnaba “ir hacia formas de enfrentamientos superiores —de desobediencia civil— y este es un camino que podemos recorrer juntos partidarios o no del uso de la violencia, siempre que la no violencia no sea legitimar la pasividad y el enfrentamiento”. Por eso, para Paco:

“La desobediencia civil nos parece altamente positiva como acción y muy educativa en la medida que pone en solfa la legitimidad de las sacrosantas leyes. Tenemos mucho que aprender en este terreno y todos los colectivos por la paz deberíamos extender la idea y la práctica de la desobediencia civil”.

Dentro de esa misma aportación entraba también en otro tema muy discutido en aquellos años: el de la necesidad de ofrecer un modelo de defensa alternativo al que se postulaba desde el bloque occidental. Paco proponía un cambio de marco para ese debate frente al que se nos pretendía imponer desde el *establishment*: empezar preguntándose qué es lo que hace inseguro a un país. A lo que respondía con tres motivos: “Tener zonas de influencia, territorios no suyos e intereses imperialistas fuera de las propias fronteras; ser miembro de un tratado militar con dichos intereses; y tener bases o instalaciones extranjeras en el propio país —caso de España— o armamento de carácter ofensivo —caso de la ‘force de frappe’ en Francia—”.

Por tanto, “eliminar todos estos condicionantes es muy útil y necesario, aunque no garantiza la seguridad, sino que disminuye la inseguridad”. De ahí lo inevitable de contar con un sistema de defensa alternativo “que al mismo tiempo ha de ser inútil para actuar fuera de las fronteras”. Un sistema que debería estar basado en “una movilización popular integral: en todas las esferas de la actividad social [...] y con todos los medios de lucha, militares y no militares (sabotaje, desobediencia civil, etc.)”, que no busca “impedir que el enemigo penetre, sino hacer muy costosa la ocupación del territorio”. Proponía, en resumen, la creación de “una fuerza de disuasión popular” que “cuenta con la ventaja adicional de que es muy difícil de destruir: la fuerza está disuelta en la población y fundida con ella”.

Estas son algunas de las ideas que transmitía Paco en esa comunicación, que se sumaba a otras en similares o dispares sentidos en medio de una campaña que, como se sabe, acabó con una derrota del No a la OTAN en el referéndum del 12 de marzo de 1986. Pese a ello, y más allá de los efectos desmoralizadores que tuvo ese resultado en gran parte de un movimiento que había iniciado su andadura el 25 de enero de 1981 con la primera Marcha a Torrejón, queda entre

quienes participamos en él un muy buen recuerdo del extraordinario trabajo en común entre las diferentes corrientes que convivimos durante esos intensos años.

Fue una nueva cultura política, basada en el no alineamiento con ninguno de los dos bloques militares –confluyendo así con la que en Europa representaban plataformas como la Campaña por el Desarme Nuclear en Gran Bretaña, que contaba con E. P. Thompson³³ como uno de sus portavoces- y, a su vez, apoyada en la movilización no violenta y la autoorganización ciudadana, la que llegó a extenderse a amplios ámbitos de la sociedad, pese a esa derrota, y que tendría el relevo en el movimiento juvenil antimilitarista que se iría abriendo paso en los años siguientes.

Pienso que la contribución que hizo Paco con esa comunicación en torno a la cuestión de la violencia, la no violencia y la desobediencia civil sigue teniendo interés para las nuevas generaciones que han ido irrumpiendo posteriormente en la escena política, al igual que la relacionada con los modelos de defensa alternativa, tema que fue objeto de otras comunicaciones también innovadoras en aquellos tiempos.

Ya en los años noventa, en medio de la Guerra del Golfo y de la caída de la URSS, la coincidencia en la preocupación por comprender el nuevo escenario internacional que se estaba configurando me permitió conversar y compartir preguntas e inquietudes con Paco y otros colegas en el marco del espacio impulsado por Carlos Taibo desde el Centro de Investigación por la Paz, ya desaparecido y, luego, en reuniones más informales. Uno de los primeros frutos de sus reflexiones y de su tesina para el máster en Relaciones Internacionales fue su libro *El arco de la crisis. El orden mundial, los conflictos regionales y el Golfo Pérsico*, publicado en 1991.

Su elección de la crisis del Golfo era sin duda muy oportuna, ya que en ella, como bien escribe, “se entrecruzaban el proceso de surgimiento de los nuevos estados tras la descolonización y el enfrentamiento entre los bloques, la Guerra Fría o la inestabilidad que en el orden mundial había producido su fin”. Analizaba la decisión de Sadam Hussein de ocupar Kuwait como la interpretación que este líder hacía de la nueva época como la apertura de una ventana de oportunidad que se abría para él tras la labor a favor del bloque occidental que había realizado en su guerra contra Irán. Por eso, subrayaba Paco que “Sadam Hussein no quería acabar con el orden mundial existente, sólo mejorar su posición en él. No sería muy aventurado suponer su sorpresa por la reacción mundial que la invasión provocó y por la ‘demonización’ de su persona y de su régimen”; en cierto modo, el líder iraquí pecó de pensar que podía lanzarse a ese arriesgado movimiento sin tener que pedir permiso a la potencia hegemónica, sin tener en cuenta que lo estaba haciendo en “una región del mundo muy sensible y potencialmente explosiva³⁴”.

El desenlace de ese conflicto en una zona que, retomando la fórmula de Fred Halliday, denominó el “arco de la crisis”, confirmaba la entrada en una nueva era en la que Occidente podía avanzar hacia la deseada homogeneización sistémica del mundo, en absoluto incompatible

³³ Recordemos que E. P. Thompson apoyó públicamente nuestra campaña por la salida de la OTAN con su presencia en un acto en el Ateneo de Madrid pocos meses antes del referéndum; iniciativa a la que, como en otras muchas, no fue ajena la labor de Paco.

³⁴ PEÑAS, Francisco Javier, *El Arco de la crisis*, Ediciones Revolución, Madrid, 1991, ps. 49-50.

con la revalorización del uso de la fuerza y la aceleración de la carrera de armamentos, como se demostraba en esa zona, pese a los pronósticos optimistas que se hicieron tras el fin de la Guerra Fría.

De la “occidentalización del mundo” al debate normativo sobre el nuevo orden internacional

Pocos años después, pude comprobar la madurez alcanzada en sus investigaciones, ya dentro del ámbito académico, con la lectura de su tesis doctoral y su reflejo en la obra mencionada al principio de este artículo. Pienso que ese trabajo, desarrollado desde una perspectiva histórica que se remonta al “largo siglo XVI”, ofrecía una interpretación enriquecedora y audaz de la nueva era, lamentablemente subestimada entonces por la mayoría de sus colegas del área de Relaciones Internacionales que, al menos a mí me parecía, mostraban una actitud conservadora frente a la visión pluridisciplinar que Paco proponía y a la afinidad que mostraba con estimulantes trabajos ajenos, como los procedentes de la sociología histórica³⁵.

El enorme esfuerzo que en esa obra muestra Paco a través del recorrido por los diferentes “grandes relatos” predominantes en las ciencias sociales va acompañado, además, de un punto de vista modesto y a la vez atrevido que le lleva a argumentar sus acuerdos y desacuerdos con rigor frente a todo tipo de determinismo o teleología. Por eso, su descripción de lo que define como “un proceso histórico de homogenización civilizatoria” en tanto que “occidentalización del mundo” iba seguida por su rechazo a considerar que ese resultado debía ser considerado algo inevitable o natural, insistiendo por el contrario en la importancia de tener en cuenta dos conceptos también fundamentales que ha reivindicado siempre: la contingencia y la relación de fuerzas. Esa delimitación frente a cualquier tipo de fatalismo le permitía rebatir “pensar que el orden existente es el orden natural de las cosas, que lo que no podía haber sido de otra manera, que lo que hoy vivimos siempre ha sido y será”.

Por eso también su reconocimiento del avance del proceso de “occidentalización del mundo” iba acompañado de la atención que prestaba a la persistencia de “lo distinto”, entendiendo este como “todas aquellas instituciones, prácticas, ideas, movimientos, etc., que difieren en fines y objetivos de Occidente, o que violan el corpus de regímenes y disposiciones de gobierno, traspasan el marco de lo que es y no es aceptable, o desafían la hegemonía occidental”³⁶.

Un capítulo de esa obra que me parece muy de actualidad es el titulado *Razón de estado, interés nacional, razón de civilización e interés civilizatorio*. Su análisis de los “grandes dilemas” —orden frente a cambio, estabilidad frente a justicia— que continúan presentes en el mundo le lleva a recordar los retos que tiene delante el bloque central dominante, ya que, alerta ya entonces, no le va a ser fácil “la desarticulación del potencial desestabilizador de la injusticia”. Igualmente, la referencia a las vías rusa y china como diferentes respuestas al proceso de occidentalización del mundo, o la llamada de atención ante “la imposibilidad de generalizar las formas de vida de

³⁵ Afinidad que creo queda reflejada en mi obra *Guerra, paz y sistema de estados*, publicado por Ediciones Libertarias-Prodhufi en 1990, y en trabajos posteriores más relacionados con la geopolítica crítica; una subdisciplina de la Ciencia Política con la que Paco trató de tender puentes, aunque no llegó a cuajar un seminario conjunto que proyectamos con Heriberto Cairo. En mi caso, pude participar en algunos eventos impulsados por Paco, como el Grupo de Trabajo que coordinó junto con Itziar Ruiz-Giménez en el marco del VIII Congreso de la AECPA, celebrado en Valencia en 2007.

³⁶ PEÑAS, Francisco Javier, *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y Relaciones Internacionales*, Alianza, Madrid, 1997, p. 329.

occidente a todo el globo”, no parece que hayan perdido vigencia, sino más bien todo lo contrario.

Una de las conclusiones de ese mismo trabajo puede ser más discutible, pero refleja la consideración que tenía Paco respecto al lugar de los estados en el estudio de las Relaciones Internacionales: “Los estados siguen siendo los protagonistas de la política en la arena mundial. Son los únicos capaces, en última instancia, de imponer decisiones de poder. Y es más plausible, por ahora, que la parcelación estatal sobreviva a la economía global, que esta genere una forma de comunidad política supraestatal”; si bien en la Introducción ya recordaba que “el protagonismo relativo de cada uno de los estados depende de su posición en la jerarquía de poder y la riqueza”³⁷.

A la vista de los cambios que han ido generando el nuevo capitalismo financiarizado y, luego el estallido de la Gran Recesión de 2008 en Occidente, mediante el retorno de los nacionalismos de estado, sobre todo los de las grandes potencias, al primer plano, el aumento de los estados “frágiles” y “fallidos”, así como la “crisis existencial” (Jean-Claude Juncker *dixit*) que atraviesa la Unión Europea y las nuevas aspiraciones geopolíticas que muestran China y Rusia, parece evidente que, aunque de forma desigual, los estados siguen siendo actores centrales pero también el proceso de “occidentalización” del mundo choca hoy con desafíos superiores a los de la época anterior de la “globalización feliz”.

No es difícil tampoco encontrar en sus textos un cuestionamiento radical de los efectos negativos que había tenido la imposición del modelo político occidental de estado-nación en el continente africano. Esa crítica queda reflejada en trabajos como el que desarrolló en uno de los capítulos de una obra colectiva sobre África que él mismo coordinó, publicada en el año 2000. En ese texto sostenía a propósito de la aplicación de ese modelo:

“[...] gran parte de los problemas del continente africano vienen de que sus líderes, en el momento de las independencias, asumieron el modelo político occidental del *estado-nación* [...]. Pero lo cierto es que, tras la descolonización de África, los teóricos de las Relaciones Internacionales, los diplomáticos y los funcionarios de las instituciones de Bretton Woods pensaron el mundo como compuesto de unos ciento cincuenta estados que funcionaban, mejor o peor, a imagen y semejanza de los estados occidentales desarrollados. Y lo que la realidad africana ha demostrado es la falsedad de esa *mitología estatista*. Procesos como el uso político del desorden, la proliferación de lo que podríamos denominar los señores de la guerra, la privatización de la política exterior de los estados africanos y el derrumbe de algunos de ellos, como Somalia, Sierra Leona, etc., han demostrado fehacientemente que, por lo menos en África, tales estados, como organizaciones políticas que usan el monopolio de la fuerza y la jurisdicción en su territorio y proporcionan bienes sociales a toda la población, no existen en la realidad”³⁸.

Otra obra suya que merece especial reconocimiento, y que no he tenido tiempo para releer con la obligada atención antes de escribir este artículo es sin duda *Hermanos y enemigos*.

³⁷ *Ibidem*, pp. 355 y 15-16.

³⁸ PEÑAS, Francisco Javier, “Diplomacia humanitaria, protectorados y política de cañoneras: África subsahariana, estatalidad, soberanía y tutela internacional”, en PEÑAS, Francisco Javier (ed.), *África en el sistema internacional*, Catarata, Madrid, 2000, p. 298.

Liberalismo y relaciones internacionales, fruto de un “largo proceso de gestación”, cerrado justamente poco antes del 11-S de 2001 y el inicio de la “Guerra contra el Terror” en Afganistán e Irak. En este conjunto de trabajos, Paco presta atención a lo que considera nuevo rasgo de la era posterior a la Guerra Fría: “la saludable revitalización de los enfoques normativos en los textos de Relaciones Internacionales”³⁹. Muestra con ello su creciente interés por la teoría política y por el papel de las ideas y los discursos en la construcción social de la realidad, como se podrá comprobar en trabajos posteriores. Por eso opta por debatir con las principales concepciones liberales del orden internacional y, en particular, con las de John Rawls y Michael Walzer y la tesis de la “paz democrática”.

El diálogo con todas ellas es respetuoso y detallado, concluyendo con la constatación del proceso de conformación de un orden (militar) liberal internacional que tiene en las críticas de Robert Latham su principal exponente. Paco no obvia entrar en la crítica a la aplicación de esas ideas a la jerga dominante de los estados occidentales, como es el caso de la fórmula recurrentemente empleada de “nosotros, la comunidad internacional”:

“Claro que es dudoso que el sistema internacional de nuestros días pueda definirse como ‘comunidad internacional’ pues tales términos implicarían un nivel de acuerdo y de visiones del mundo compartidas universalmente que se acercarían a lo que Kant definió como ‘paz perpetua’. Tal unanimidad en opiniones y acciones está lejos de existir. En cualquier caso, de existir, la OTAN –apenas veinte estados de los más de ciento sesenta existentes– no sería la encarnación de tal ‘comunidad’. Tampoco existía ningún mandato universal por el cual esta organización regional pudiera arrogarse el título de brazo ejecutor o comité ejecutivo de la supuesta ‘comunidad’. Y para hacer tan obvia afirmación no hace falta más que recordar las reticencias y oposiciones de la Federación Rusa o de la República Popular China (unos 1.200 millones de este mundo)”⁴⁰.

Otro texto que me parece significativo de la evolución de Paco es el titulado *Derechos humanos e imaginarios sociales modernos. Un enfoque desde las relaciones internacionales*. Una reflexión que le lleva a recordar que “el imaginario social político moderno vive en una contradicción constitutiva: los hombres son hermanos en su humanidad y enemigos en su vasallaje o ciudadanía”. Una contradicción que se pone de manifiesto en “el espíritu estatista y soberanista de la Carta de NNUU frente al régimen de derechos humanos de la misma organización, en el derecho humanitario de guerra, en el régimen de refugiados y de asilo, etc.”⁴¹⁴².

Más adelante, en el mismo artículo reconoce:

“El discurso de los derechos humanos, hoy por hoy, sigue siendo ‘derivado’, retazos útiles, pero deslavazados, de un relato hegemónico occidentalmente moderno. Queda pendiente si los discursos y los ‘saberes’ son inconmensurables (que lo son) y si existe posibilidad de traducción (que según Santos la hay, aunque con

³⁹ PEÑAS, Francisco Javier, *Hermanos y enemigos. Liberalismo y relaciones internacionales*, Catarata, Madrid, 2003, p.91.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 48.

⁴¹ PEÑAS, Francisco Javier, “Derechos humanos e imaginarios sociales modernos. Un enfoque desde las relaciones internacionales”, *Isegoría*, 51, 2014, pp. 553-554.

⁴² La denuncia por parte de Paco de la permanente tragedia de la condición de refugiado en este mundo viene de lejos. Valga como ejemplo la conclusión de un artículo suyo en la ya mencionada *Zona Cero* en mayo de 1991: “La triste lección que la historia proporciona a nuestro refugiado: ser miembro de la sociedad de estados da muchos derechos; ser miembro de esa sociedad llamada humanidad, no tantos”.

enormes dificultades)”⁴³.

Paco insistía así, citando a Donnelly, en que las concepciones contemporáneas de los derechos humanos reflejan un largo proceso de lucha política y social que podría haber dado resultados diferentes, ya que “están profundamente enraizados en las construcciones sociales que dan forma a nuestra vida” (2014: 568). Y concluía sosteniendo que los derechos humanos, entendidos como respuestas contingentes a situaciones específicas, “son un instrumento de la ideología dominante, del discurso dominante y al mismo tiempo un instrumento —un pico, una pala y un azadón— para luchar contra ese poder. En política, estas afirmaciones no son lógicamente contradictorias, sino todo lo contrario”⁴⁴.

Finalizaré este recorrido en torno a la trayectoria de Paco con su último artículo, titulado *Clío y Palas Atenea: Apuntes sobre el papel constitutivo de la Historia en la Teoría de las Relaciones Internacionales*, publicado en mayo de 2018. En ese trabajo se puede encontrar de nuevo la inquietud investigadora y reflexiva del autor mediante su conversación con las sucesivas aportaciones que considera más relevantes en torno al tema objeto del artículo. Entre ellas, las de Huntington, Wallerstein, Wolf, Burbank y Fredrick Cooper, Michael Mann, Heather Rae, Koselleck, Braudel, sin olvidar a Marx y el marxismo en un Excurso (“Marx renacerá cuando el ‘marxismo’, tal y como lo hemos heredado de la II y la III Internacional se haya extinguido”⁴⁵). Su propuesta final deja pocas dudas sobre el lugar de la Historia dentro del área de las Relaciones Internacionales:

“Se requiere una teoría de las Relaciones Internacionales histórica que narre, analice y de cuenta del devenir conflictivo de la humanidad, de la violencia, el poder y la riqueza como factores y motores persistentes en la historia, en nuestro pasado. Parafraseando a Marx, reconocer el papel de la violencia como ‘partera de la historia’”⁴⁶.

Concluyo así estas (re)lecturas y comentarios de algunos de los trabajos de Paco que en su trayectoria militante primero, y luego en la académica más, me han ido llamando la atención y de las que más he podido aprender. Pese a las discontinuidades que haya podido haber entre una y otra, pienso que en ambas es fácil encontrar un mismo hilo conductor, el del esfuerzo constante por comprender el mundo para ofrecer una mirada crítica, ética y escéptica, pero siempre ajena a la resignación, ya que nunca aceptó confundir “lo real” con “lo inevitable”.

Referencias

PEÑAS, Francisco Javier, *El Arco de la crisis*, Ediciones Revolución, Madrid, 1991.

PEÑAS, Francisco Javier, *Occidentalización, fin de la Guerra Fría y Relaciones Internacionales*, Alianza, Madrid, 1997.

PEÑAS, Francisco Javier, “Diplomacia humanitaria, protectorados y política de cañoneras: África subsahariana, estatalidad, soberanía y tutela internacional”, en PEÑAS, Francisco Javier, (ed.), *África en el sistema internacional*, Catarata, Madrid, 2000, pp. 51-83.

PEÑAS, Francisco Javier, *Hermanos y enemigos. Liberalismo y relaciones internacionales*, Catarata, Madrid, 2003.

⁴³ *Ibidem*, p. 567.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 570.

⁴⁵ PEÑAS, Francisco Javier, “Clío y Palas Atenea: Apuntes sobre el papel constitutivo de la Historia en la Teoría de las Relaciones Internacionales”, *Relaciones Internacionales*, 37, febrero-mayo 2018, p. 88.

⁴⁶ *Ibidem*, p. 90.

PEÑAS, Francisco Javier, "Derechos humanos e imaginarios sociales modernos. Un enfoque desde las relaciones internacionales", *Isegoría*, 51, 2014, ps. 551-573.

PEÑAS, Francisco Javier, "Clío y Palas Atenea: Apuntes sobre el papel constitutivo de la Historia en la Teoría de las Relaciones Internacionales", *Relaciones Internacionales*, 37, febrero-mayo 2018.

Erudición con causa. Un legado ético y político

Karlos PÉREZ DE ARMIÑO*

* Profesor Titular de Relaciones Internacionales y Director de Hegoa, Instituto de Estudios sobre Desarrollo y Cooperación Internacional (Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea).

Aunque conocí a Francisco Peñas relativamente tarde, en su dimensión de profesor de Relaciones Internacionales, es necesario empezar recordando otra de sus facetas que, a buen seguro, marcó la forma en que entendía el trabajo académico: su implicación en diferentes luchas y actividades políticas y sociales durante y después de la Transición. Para mí, Paco era esencialmente un intelectual políticamente comprometido. Otras personas con mayor conocimiento de todo su recorrido vital tal vez inviertan los términos y lo caractericen más bien como una persona marcada por su compromiso político, que llegó al mundo académico por entender aquel como un desafío intelectual.

En un tiempo en el que la labor universitaria nos arroja cada vez más a una especialización parcelada del conocimiento, cobra aún más interés una de las cualidades de Paco, que resultaba enseguida perceptible para quien tuviera la oportunidad de conversar con él: su erudición. Era un hombre de gran cultura, ávido lector y buen conocedor tanto de las obras clásicas como de las últimas publicaciones en el campo de las Relaciones Internacionales, habiendo hecho acopio así a lo largo de los años de una rica biblioteca en la materia.

No menos característica era la finura intelectual de sus análisis, matizados y desafiantes. Destacaba por su capacidad de reformular planteamientos, romper ideas comunes, sugerir puntos de vista alternativos, sin pedantería, con ironía y quizá cierta dosis de escepticismo que le llevaba más a formular preguntas sugerentes que a alcanzar conclusiones sólidas. A varias personas que tuvieron la fortuna vital de pasar por sus aulas les he oído decir que fue el mejor profesor que jamás tuvieron, destacando precisamente su capacidad de agitarles sus esquemas con preguntas provocadoras, de enseñarles a pensar.

Más allá de la huella dejada mediante la docencia en su alumnado, quisiera poner en valor el importante legado que Paco ha dejado para el campo de las Relaciones Internacionales en nuestro entorno, destacando varias contribuciones por las que le recordaremos siempre con gratitud.

En primer lugar, claro está, hay que mencionar su obra bibliográfica, en la que destacan diferentes estudios sobre el conflictivo orden internacional tras el fin de la Guerra Fría, así como otras relevantes aportaciones de calado más teórico. Entre estas destaca en mi opinión su obra *Hermanos y enemigos. Liberalismo y Relaciones Internacionales*, de 2003; se trata de un profundo y sugerente análisis ético y normativo, no sólo del pensamiento liberal, sino de los estados y de la política internacional, que enriqueció la reflexión teórica en nuestra disciplina, por ejemplo, con numerosos insumos tomados de la Ciencia Política.

En segundo lugar, lejos de responder al tópico del erudito encerrado en su propia obra, Paco fue una persona generosa y proactiva, que promovió diferentes iniciativas e infraestructuras de formación, investigación y difusión en el campo de las Relaciones Internacionales en el marco de su universidad, la Autónoma de Madrid. Contó para ello con unos medios materiales seguramente modestos, pero que fueron ampliamente compensados por su capacidad para motivar y galvanizar a muchos de sus alumnos y alumnas, que durante años han colaborado con él y en parte le han tomado el relevo. Entre sus creaciones cabe destacar, cómo no, el Máster en Relaciones Internacionales y Estudios Africanos, que ha sido un importante semillero de personas especialistas e investigadoras en ambos campos. Igualmente, la creación del Grupo de Estudios de Relaciones Internacionales (GERI) y el Grupo de Estudios Africanos (GEA), que han servido como espacio de reflexión e investigación para muchas personas, tanto formadas en sus aulas como de diversas procedencias, así como para la conformación de una generación de africanistas ligados a las Relaciones Internacionales y otras áreas sociales. Confieso que siempre he visto con cierta envidia los seminarios de debate organizados por dichos grupos, pues sospecho que son pocas las universidades españolas en las que existen espacios como estos, que posibiliten la reflexión teórica y la apertura a los debates internacionales recientes. En las tesis doctorales y otras obras que a lo largo del tiempo han ido realizado las personas ligadas a dichos grupos es evidente la impronta de Paco, esto es, su interés por la teoría, los debates normativos y las corrientes críticas. Además, cómo no, merece una mención muy especial la creación de esta misma revista, *Relaciones Internacionales*, una de las pocas existentes en España específicamente en nuestro campo de estudio. Durante años ha sido una ventana abierta al pensamiento crítico y alternativo a las corrientes dominantes en la disciplina. A pesar de la dificultad que supone no ubicarse en el *mainstream* de la teoría y de la comunidad epistémica de las Relaciones Internacionales, viene realizando un aporte decisivo y ganando un creciente y bien merecido reconocimiento.

En definitiva, una tercera contribución de Paco, la más general y relevante, es que a través de las actividades mencionadas hizo un aporte decisivo a la expansión en nuestro entorno de las visiones críticas y postpositivistas de las Relaciones Internacionales. Con ello ha ayudado decisivamente a enriquecer, renovar e insuflar aire fresco a una disciplina dominada tradicionalmente por visiones estatocéntricas, que frecuentemente ha ignorado las dimensiones normativas. En efecto, contribuyó a difundir entre nosotros perspectivas alternativas, plantando una semilla que han seguido muchos de sus discípulos y discípulas, quienes han dado continuidad a sus preocupaciones por temas como, por ejemplo: los valores y la justicia en las relaciones internacionales; el peso de la historia en éstas; las resistencias al orden internacional; la misión civilizatoria de Occidente como justificación de una expansión colonial orientada por la fuerza y la codicia; lo que llamó la “falsedad de la mitología estatalista” en África, testimoniada por unos estados poscoloniales tutelados por Occidente; etc.

Como dejó escrito en su citado libro *Hermanos y Enemigos* (p. 59), “debemos desbrozar ideas para poder pensar de otra manera”. En efecto, como señalaba parafraseando a Ken Booth, quienes nos dedicamos a esta disciplina “hemos sido durante demasiado tiempo terapeutas de los capitanes de los barcos negreros, racionalizadores de la inhumanidad de la disuasión nuclear, justificadores de determinadas razones de estado, etc.”. Pues bien, añadía Paco, “ya es hora de que empujemos a la disciplina de las relaciones internacionales, que la saquemos de la pobreza y de la sequedad ética, del atasco epistemológico del positivismo de la pobreza, y la pongamos a trabajar



sobre los retos antes mencionados”. En mi opinión, esta frase sintetiza el principal legado que nos dejó Paco Peñas, por el que siempre le recordaremos como profesor y amigo, y que no es otro que el desafío de un compromiso ético y político que nos plantea a quienes desde la disciplina intentamos entender y, acaso, cambiar el mundo. ●
